

**PASIÓN Y OLVIDO DE  
ANASTASSIA LIZAVETTA**

J. C. Mondragón

Una mujer, debe ser, soñadora, coqueta y ardiente  
debe darse al amor, con frenético ardor  
para ser una mujer...

Paul Misraki y Ben Molar

**ttmu** tgm mmmmm ssshhhunttt jok jok jok jok uq uq schasshh ubkirt ubkirt ion ion katum atumm tummm tum tum ummm umm mm ... esta pretende ser la verdadera historia de la tragedia doméstica de mi querida prima Anastassia Lizavetta contada por mí mismo y ese ruido que escuchamos con el pensamiento es el ascensor de la Torre L del complejo habitacional Parque Posadas, erigido en el corazón vegetal de la ciudad. El drama familiar comienza con ese sonido irrepetible llegando desde lejos, retumbando en mi cerebro cada vez que pienso en ella y su desolación espiritual, impresión intensa por dolorosa dejando la traza indeleble en mis sentidos. Repasando los eventos atroces que ella protagonizó hace algunas semanas y para redactar la crónica aproximada de lo sucedido decidí venir a vivir una temporada al edificio donde ocurrieron los hechos. Hubiera querido hacerlo en el mismo departamento condenado hasta impregnarme por completo de lo ocurrido; los médicos consultados lo prohibieron, los nuevos inquilinos y mi sentido común lo desaconsejaron. Así resuena en mi interior la primera frase rítmica del ascensor de la memoria cuando el mecanismo se reactiva luego de algunas horas de reposo.

En estos bloques de habitación son inconfundibles los ruidos del ascensor en funcionamiento, contrastando con el silencio pesado de la Torre descansando hasta el final de la noche. Es la

hora cuando logro concentrarme mejor, mientras busco hundirme en aquella jornada irrepetible que intento revivir con mis propias palabras, está ahí cerca moviéndose el monstruo reiterado, la canaleta acústica con cables de acero engrasados y mugre adherida. Pasaron varios meses desde el último mantenimiento, los motores fatigados que nunca se detienen del todo pueden enloquecer a cualquiera que tenga la cama junto a las cajas de los elevadores y la audición hipersensible; alguien atento que capte el lenguaje reticente de paredes medianeras, conductos del baño y palpitaciones de la noche monologando. Fue por otra razón que un ruido de engranajes cansados parecido a ese fue Anastassia Lizavetta se despertó aquella precisa madrugada, era innecesario consultar la radio reloj sobre la mesita de luz. Serían las cinco de la mañana o puede que las seis menos veinticinco a más tardar, tanto daba y era igual: ella lo comprendió sospechando lo terrible mientras la pesadilla se detuvo y supo que sería imposible volver a dormirse. Creyó despertar del último sueño que tendría en vida y decidió quedarse en la cama pensando en sus cosas, como hacía otras mañanas cuando despertaba así de súbita conciencia y sin haberlo decidido el cuerpo. Con pocas horas de reposo profundo, a la hora de la cena del jueves y habiendo ido al centro a trabajar seis horas ella sería una piltrafa humana; hasta alcanzar ese agotamiento faltaba un día entero y distinto en la vida de mi prima, una jornada particular sumada a la fatiga y otras preocupaciones inherentes a lo habitual.

Esa mañana, donde intento incrustarme como si hubiera estado presente presenciando los hechos ella tiene treinta y dos años. A veces como hoy le da por pensar que la vida -en lo que aparentaba de excitante y promesa de final feliz- terminó alguna madrugada anterior bien distante y extraviada, confundida en el depósito de noches pasadas sin que fuera advertido en su momento. Distracción, engaño o coincidencia, mi prima sentía que tenía cincuenta y pico de años de recuerdos, más de los necesarios para guardar el equilibrio emotivo. Apreciación relativa a la edad errónea pero muscular y epidérmica, sobre todo epidérmica; estaba en un momento de la vida cuando se comienza a considerar seguido que la juventud pasó rápido -sin haber dado indicios de retirada- y resulta tarde para lo que sea, la edad indefinible de los números primos cuando se comienza a ser dos personas a la vez. Nadie le advirtió a mi prima adorada que la juventud pasaba así de rápido, las personas mayores repitieron para ella la patraña relativa al estado de ánimo vigilante mientras la esperaban en la edad adulta, burlándose luego de su credulidad dándole la bienvenida al fracaso. Madurar era eso pues, tomar conciencia de los años perdidos y al diablo con la experiencia acumulada; que los días fueran parecidos gracias a dios y sobrellevar sin histeria el habituarse a un cúmulo de rutinas, las que cada ser organiza a su imagen y semejanza buscando salvarse hasta que sobreviene lo terrible nunca especulado.

Sin proponérselo mi prima había merecido hasta esta mañana el estatuto "normalidad" como estado general, la

madre le habría dicho -si entre ellas la comunicación hubiera sido fluida de no morir antes de concretar la tan mentada charla postergada ni callado cuando más la necesitó- que debía de dar las gracias a Dios y a la Virgen por haberla alejado del miedo a la miseria. Temor prematuro que la perseguía desde niña y la acompañó en pesadillas del crecimiento. "Tengo miedo de ser pobre" le decía mi prima a la madre cuando de chica se despertaba sobresaltada como hoy. Mi pobre tía que en paz descanse, sin saber qué responderle pensaba "vas a sufrir mucho en la vida mi querida hija Anastassia Lizavetta" y así fue.

**Si** al menos estuviera amaneciendo sobre la ciudad mientras mi prima se despierta y yo escribo esta oración dando cuenta de ello... noches distantes fusionándose en una sola igual que mi pensamiento con palabras vaya y pase; para ese instante de intersección faltaba el ruido de camiones verdes vaciando contenedores abarrotados de sobras, la secuencia de los autos aparcados calentando motor en el estacionamiento. Estando despierta, sin pretender adelantarse a la irrupción de los basureros municipales ni al resplandor malva del amanecer, Anastassia Lizavetta probó retardar la visión del paisaje desolador con píldoras sedantes tomadas al acostarse, queriendo adormecer al insomnio enviando sus primeros mensajes. Resultó inútil lo intentado, despertar antes y sin saberse en la normalidad fue más potente que ciertos fármacos recetados en la mutualista.

Los otros integrantes de la familia descansan a pata suelta, el marido de tal modo que ni un regimiento atravesando el dormitorio podría despertarlo. En otro cuarto el hijo dormía igual de confiado, los últimos tiempos se conversaba sobre lo oportuno de darle una hermanita y había proyectos que vuelven inexplicable lo sucedido aquí cerca. Ellos descansaban, era Anastassia Lizavetta que andaba mal últimamente, su estabilidad diurna se deslizaba a la pérdida del equilibrio que advertí tarde y por eso mismo sigo sin conformarme. La escritura emprendida debe ser expiación de la ceguera afectiva, ignorancia que nos designa culpables a quienes estuvimos

cerca, nuestra forma obediente de pagar y redimirnos. Una vez despierta ella supone que sería algo relativo a la edad, deberá consultar al médico de cabecera piensa y comenzar un tratamiento controlado relativo al corte del sueño. Hacer algo, es anormal que el ruido de un ascensor que ni estaba segura de que fuera el de la Torre L donde vivían la despertara antes de hora quebrándole el reposo, dejándola a solas con sus peores pensamientos.

Le comentó al marido antes de mudarse: "podemos esperar un poco, comprar un apartamento en el segundo piso de un edificio tan alto me parece una locura". El argumento del marido para decidirse era atendible, un apartamento en el Parque Posadas a ese precio nunca se repetiría; así lo hicieron y la decisión en su momento pareció adecuada. Es desde hace unos meses apenas que ella se despierta a destiempo coincidiendo con el funcionamiento del ascensor luego del período más prolongado de quietud, como si sueño y motor hubieran iniciado una relación aberrante. Me consta por la experiencia de estos últimos días: el ascensor de la Torre L hace un estrépito desagradable en medio de la noche pero tampoco es para tanto. Al menos que algo en el Gran Mecanismo –incluyo en ello el cerebro de mi prima esta mañana- haya comenzado a trabarse alcanzando el punto crítico insoportable. Ella me dijo alguna vez que se lo comentó al marido eso de sus despertares a deshoras y él respondió que lo mismo le pasaría a otros vecinos, el exceso de sensibilidad era normal entre habitantes de las torres circundantes, eso pasaría sin que siquiera se percatara. Amaba



a su esposa desde el día que se la presentaron, nunca la comprendía en eso de los detalles sutiles que tanto alteraban a mi prima y él consideraba estridencias molestas de la cotidianidad.

Desde muchacha mi prima era una persona que vivía pendiente de los detalles, la gente conocida que venía de visita a la casa después que se mudaron al Parque Posadas, familiares y amigos, compañeros de trabajo se lo decían: se nota que eres una muchacha –le decían muchacha todavía- que cuida los detalles. Ella sonreía y pensaba que claro, después de todo qué otra cosa hacer que armonizar detalles de la existencia hasta que algo se rompiera igual que un cable de ascensor. Cada mañana desde las ocho menos cuarto, luego que ellos dos se marchaban de la casa mi prima quedaba sola y como entraba a OCA recién a mediodía... tenía derecho a estar un rato con ella misma para conversar. De mañana estaba sola volviendo a ser la chica soltera sin responsabilidades maternas de años atrás; considerando la tregua matinal alguna vez pensó en hacer gimnasia –de muchachita estaba dotada para los deportes- pero se amontona tanta normalidad durante las mañanas, tanto detalle que exige ser ordenado que la soledad carcomía el tiempito restante para ella durante el día. Parecía mentira que una familia tan chica diera tanto trabajo; el marido colaboraba en las tareas pero es suficiente un par de medias sucias, el cuaderno del niño tirado sobre el sofá, un pedazo de pan sobre la mesa del comedor para quebrar la quietud atizando el fuego de la normalidad. Son detalles y mi prima era admirada por la

manera de administrar detalles, se advertía al vuelo que era una mujer atenta a los detalles. Estaba en los detalles que podían llegar a obsesionarla y que si alguna vez debería perderse sería a causa de un par de detalles salidos del orden.

Una vez despierta dio vueltas en la cama cadenciosas por felinas evitando despertar al marido, tampoco había acomodado posible. Esa madrugada estaba sofocada de manera distinta, terminaba el mes de marzo y como ahora que busco palabras una detrás de otra comienza la primavera. Aquella mañana lo insistente del verano persistía con intensidad inesperada, puede que fuera ella convencida que febrero perseveraba y el mundo cambiaba la rutina de dar vueltas, sin ir más lejos, anteanoche debieron dormir con el ventilador encendido y tapados apenas por la sábana, hace un rato mi prima dormía desnuda y sólo se había dejado la bombacha puesta. Después del paso inicial del ascensor, reconocido cuando la cabina estaba en viaje hacia los pisos superiores de la Torre L ella sacó la pierna izquierda de la cama dejándola caer a un costado, provocando el fresco de la noche. Con algo concreto debió de haber soñado pues se sintió empapada, quizá dormida protagonizó una escena de las fantasías que liberadas durante los sueños. Menos se le ocurrió despertarlo al esposo como hacía en los primeros tiempos de casados y ocurría lo mismo, se contuvo porque vivía una excitación que sólo a ella le pertenecía; retiró el cuerpo lo más que pudo al costado suyo de la cama y con la pierna izquierda libre advirtió una cadencia de palpitations incontroladas. Ensalivó la punta de los dedos de la mano derecha pensando en

pasárselo por los pezones hinchados, mi prima tenía tetas estupendas (muchas veces hice lo imposible por verla desnuda) y desde la adolescencia podía alzarlas con las manos. La calentura era concentrada, localizada en la entrepierna y pensó en bajar ambas manos del pecho sin prisa; de hacerlo las reacciones del cuerpo serían frenéticas y ella dudaba, tampoco se trataba de disfrutar si es que se decidía a acariciarse, hacerlo para despertar por completo alejando miedos removidos sacudiendo la incoherencia de la sexualidad a deshoras.

Anastassia Lizavetta estaba captada por lo prematuro de lo iniciado y la urgencia de que las cosas sucedieran, el movimiento autoestimulante de producirse duraría poco, siendo efectivo ayudándola a disipar la angustia causada por el ruido del ascensor que recomienza ahora. Pensó mi prima que debió de ser intenso lo soñado, esa escena erótica puesta en sueños y que el cuerpo despierto olvidó la fantasía exceptuando en su sexo. "Todavía estás buena" se dijo y las protuberancias que le espíe seguido hace años –hacía todo lo necesario para verlas– eran de los detalles más determinantes de la casa que los visitantes notaban a primera vista. Basta de entresueño dudando si es demasiado temprano, ahora sí estaba despierta oliéndose los dedos por costumbre; resolvió levantarse para ir al baño sin tocarse, haber considerado esa posibilidad de masturbarse le creó la sensación culposa y absurda retardándole el día. Ni tan siquiera miró por la ventana mientras comenzaba a clarear, desdeñando ignorar cuánto tiempo se quedó en la cama considerando detalles y dudando entre

tocarse, dormir otro poquito si lo lograba, saltar del lecho como hizo con el regusto de haber tomado la decisión equivocada. Tampoco era la mejor manera de comenzar un día distinto que quiso recordarle desde temprano sus carencias flagrantes de amor, abandono y orgasmo.

**El** departamento era amplio y bien cómodo para sus actuales necesidades, cuatro habitaciones en total si contamos el living. Habiendo planes para agrandar la familia y una relativa estabilidad laboral pensaban que podían seguir pagándolo al Banco Hipotecario; firmaron un préstamo relativo al Plan Nacional de Vivienda por un número de cuotas tal, que el título de propiedad definitivo coincidiría con el inicio de la vejez.

-En todo caso podemos cambiar más adelante. Con un golpe de suerte renegociamos la deuda, dijo el marido por entonces.

Él siempre usaba expresiones vagas e imprecisas relativas al futuro de los planes conjuntos, nunca entendí qué le vio mi prima a ese hombre para elegirlo como marido, siempre me pareció insustancial y displicente, alguien prescindible; ella me dijo que lo amaba y nunca terminaba de creerle.

Anastassia Lizavetta avanzó unos pasos hasta distinguir su sombra pasar furtiva en el espejo de la cómoda. El cuarto matrimonial estaba moqueteado, pisando las baldosas del salón recobró una escena infantil olvidada de inmediato, relegada por el apremio sensual acuciándola, sensación ligera que debió considerar un aviso. Pasó luego por la cocina, llegó hasta al refrigerador que abrió contemplando durante tres segundos la distribución conocida de memoria, sacó una botella de leche descremada y tomó un trago directamente. Tenía un amago de acidez estomacal, la cena de hace unas horas debió caerle mal, puede que algo la ponía nerviosa metiéndola en el torbellino de deseo y memoria, a ella los nervios la atacaban al estómago.

Encendió un cigarrillo con la llama de la hornalla por no buscar los fósforos, dejó la mano del cigarrillo cerca de los labios tal como se lo habría indicado un fotógrafo retratista. Hizo chocar las uñas del dedo anular y pulgar y así permaneció junto a la ventana, de haber estado viviendo en el piso doce mirar hacia afuera hubiera resultado indiferente, cierta revancha de dominio visual y disfrute de soledad, confinada en el segundo piso cerca de paseantes y proveedores podía pasar por una vecina histérica. Esa asociación imaginaria le agradó, la escena duró igual que su pensamiento en cuanto a que si un paseante miraba hacia la ventana atraído por su cuerpo. Se retiró del perímetro crítico hasta sentir en las nalgas el borde de la mesa, apartó una silla y se sentó considerando lo curioso de que siendo tan temprano podía disponer de un tiempo suyo.

Como con la intimidad hace unos minutos, algo la incitaba a provocar el instante siguiente. Esa mañana era una mujer apurada y la novela se había puesta en marcha, aplastó contra el fondo del cenicero la mitad del cigarrillo, lo continuó aplastando más allá de lo necesario hasta que ceniza, papel y filtro con hebras de tabaco sin quemar formaron una argamasa que impregnaría los dedos. Miró hacia la pileta de la cocina, anoche vieron en la tele una película que terminó a las mil y quinientas, se acostaron tarde y faltaba limpiar la vajilla. Como para hacer una horita de gimnasia matinal estaba mi prima, eso que al pasar y despectivamente se nombra hogar la aprisionaba. Eran casi las seis y salvo la tontería de las tostadas que prepara el esposo, el desayuno para los tres corría por su cuenta, la

contentaba que sus hombres salieran al mundo optimistas y alimentados. Faltaba tiempo para comenzar el sainete del desayuno, si había despertado así con el sexo para ella y el cigarrillo aplastado de manera agresiva seguro que no regresaría a la cama ni para estar estirada. Esa mañana se sentía extraña e hizo cosas raras, algo confuso debió de soñar en lo que presentía como la última noche de sueño. Si a la masturbación postergada le siguió un súbito deseo de mostrarse de senos al aire sin importarle, las manos sudaban ahora una sustancia untuosa. Tan temprano el tiempo demora en pasar y los minutos son lentísimos; hacía mucho que no se sentía siendo otra así de rabiosa contra algo que presentía de su responsabilidad. El mandato de tentar un gesto inesperado por definitivo y arrepintiéndose de haberlo hecho al minuto siguiente. Pesaba la evidencia siendo la enésima vez después de meses que se despertaba antes de que sonara el despertador programado para recibirlos con noticias, enterarlos desde el arranque matinal en qué mundo estaban condenados a vivir. Era sedante escuchar la radio a esa hora, le agradaba que una voz cerrara el silencio y la palabra recuperase el límite entre dormir sin conciencia de las horas recorridas y la vigilia cuando el tiempo está cronometrado, desde los segundos para la primera cepillada de los dientes hasta el buenas noches previo al apagar la luz de la portátil. El absurdo de movimientos programados llamado día completo y agresivo en cantidad de pequeñeces pendientes destruía toda iniciativa apenas se lo piensa, impide introducir variables sin el riesgo de alterar el

conjunto y la hacía prisionera de la continuidad aparente; es la idea que me fui haciendo estas últimas semanas desde que vivo aquí.

Fue hoy que la rutina de ella forzada por energías incontrolables se desenganchó del manto nocturno de manera distinta, despertó antes y con el cuerpo ensayó movimientos ajenos a su programación tal como era concebida hasta ayer a la noche. La vajilla en la piletta exigía recuperar el principio de realidad siendo apenas el comienzo. Si bien lo pensaba y por razones que llevaría años deducir le daba asco la idea de tocarse, suponía pensamientos impalpables que deseaba descartar; ese problema así considerado, ni apareció en tanto se produjo el tránsito al acto radical limpio de angustia y con naturalidad desestabilizadora, cosas que suceden algunos días hasta en las mejores familias. Encendió un segundo cigarrillo disfrutando del olor en los dedos -olor a tabaco adherido a otra cosa iniciándose- por hacer algo chocando las uñas de anular y pulgar. Le parecía pérdida de tiempo quedarse en la cocina pensando aunque se parase frente a la ventana dejando los senos al descubierto. Descubría porque se lo propuso lo que sucede en el piso mientras ella duerme, antes de que el despertador emita voces desde un estudio radial distante y tuvo miedo al extrañar dimensiones y distribución de objetos en su cocina.

Nada alarmante, detalles sin coordinación como si fuera otra cocina... no: como si alguien hubiera alterado ciertas disposiciones de manera imperceptible y que ella detectaba



intuitivamente, que otra mujer –era sin duda otra mujer– utilizara su cocina mientras ella duerme. Consideró estar soñando que se despertó antes de lo conveniente, que los dos cigarrillos fumados a medias y las tetas públicamente expuestas frente al ventanal fueran escenas del sueño, durando hasta que un locutor la despertara con noticias reales para empezar el día. Lo decidió mientras se quemaba el tabaco del segundo cigarrillo: dentro de un rato iría al dormitorio para ver si se descubría durmiendo. la idea le pareció excitantemente tonta, era incuestionable que de mañana nunca piensa en tocarse por pudor y por falta tiempo para hacerlo.

Volvió a mirar hacia la piletta y ahora que lo piensa estaba segura de haber lavado los platos de la cena, esa suciedad insinuando desorganización desagradable no debería estar ahí. Se olió los hombros por si el olor le daba indicios de la situación, saber si habitaba el sueño o la cocina alterada. La prueba corporal eligió la realidad, ella estaba sudada, debió soñar algo obligándola a defenderse y despertar antes de tiempo para impedir seguir soñando lo olvidado. En una situación o en otra aceptó que el orden precedente se modificó definitivamente; por el apuro para retardar lo que fuera alterado mi prima quiso reconstruir el modelo de sus despertares. Las otras mañanas lo primero que hace es ir al baño y nunca quedarse en la cocina fumando ante la ventana dudando si duerme todavía. Si vivieran en un piso alto ella podría contemplar la ciudad con otra perspectiva distinta, una ventana en el piso segundo intimida impidiendo iniciativas de privacidad. El marido decía que en el

Parque Posadas hay movilidad de propietarios, frenética en los últimos años acompañando la inestabilidad de historias personales; alcanza con estar al tanto del tráfico informado por los vecinos, llegado el momento en la primera oportunidad se mudarían para un apartamento en los pisos altos. Le gustaría a él permanecer en la misma Torre L que resulta cómoda para las compras diarias, tiene el mercado cerca siendo práctica en relación al transporte. "Yo podría morirme aquí" decía. Ellos verían, como dice siempre el marido.

El cigarrillo está por la mitad e incluso para un fumador habituado, el gusto del tabaco tan temprano provoca rechazo. Sobre la mesa de la cocina había un plato pequeño donde se apoyan las tazas de té, ella acercó la mano con la intención de apagar el cigarrillo sobre el plato donde había otro cigarrillo de los mismos que fuma, apagado, aplastado. Estaba convencida de haber fumado recién el primer cigarrillo del día, era posible que se hubiera levantado antes en las horas previas y hubiera venido a la cocina a fumar esperando el regreso del sueño. Si así fue lo había olvidado, de anoche estaba segura no era porque antes de ir a la cama tira los filtros a la basura. Se dirigió al baño tentando alcanzar la rutina adelantada, entró al baño, se puso la bata amarilla y frente al espejo la anudó formando la escena cero de cada mañana que sucede en el baño; cuando comenzó a reconocerse desató el nudo del cinturón, los extremos cayeron a los costados, bajó la luna de la tapa del inodoro y levantando la bata como pollera de campesina esperó sin que le ardiera nada. La infección de la semana anterior había

desaparecido, apenas si salieron gotitas como si se hubiera levantado a orinar durante la madrugada evacuado el agua bebida antes de acostarse, lo mismo permaneció sentada sin ganas de hojear el suplemento con la programación de la tele para la noche siguiente y nada sucedía.

Haría los mismos gestos que solía cada mañana, los minutos avanzarían y podría repasar lo que tenía pensado hacer durante el día sin plantearse dudas. Tenía poco tiempo para pensar en ella, el error del sueño terminaría pronto y cuando fuera tiempo de despertarse sería otra mujer. Una mujer que duerme y despertará sin saber que el resto del día será controlado hasta donde se pueda, escrito por mí y mañana comentado por los vecinos. El día de hoy sería para mi prima el destinado a ser diferente pues comenzó distinto a los anteriores. Ella era intervalo en desajuste que le permitía verse vivir por primera vez; lo comentaba con amigas eso de las mujeres prisioneras de ellas mismas y tiempo interminable que insumen las tareas domésticas además del trabajo.

En el minuto que intento imaginarme sin saber si lo logro a pesar de los ruidos que me perturban, Anastassia Lizavetta ahí sentada en el inodoro se pensaba prisionera del sueño de la Torre y de la fortaleza, del sueño del laberinto y de la jaula, del sueño imbricado de la escritura del sueño. En dos minutos iría hasta su dormitorio a comunicarle a la mujer dormida que por hoy puede seguir durmiendo; ella que intentaba orinar en vano sin estar segura de los cigarrillos fumados de madrugada, estaba dispuesta a suplantarla por unas horas y que la otra -

tanto lo merece- siguiera descansando, de la casa se ocuparía ella. Lo diría en voz baja para que supiera sin despertarla y la otra oyera como si de un sueño real se tratara pues de lo contrario se preocuparía demasiado.

**En** el baño, sentada y resuelta a continuar lo comenzado mi prima arrancó del soporte una tira de papel, lo hizo sin considerar el gesto ni atenta por si persistía la sensibilidad. Lo pasó por el sexo y se incorporó, olvidó si otra Anastassia Lizavetta miraba el fondo del inodoro antes de activar la descarga. La cisterna del departamento le parecía ruidosa, temió despertar a la intrusa, Dejó caer el papel en el charco sanitario que comenzó a disolverse en una pasta color violeta.

Por lo inhabitual de la hora y la certeza de que debería estar durmiendo salió del baño aturdida, Sin proponérselo se halló de nuevo en la cocina que era el territorio menos hostil del departamento para su estado actual; regresar al dormitorio sería insensato, estaba más oscuro el ambiente que hace un momento y no por nubarrones de tormenta –era hora que comenzaran los temporales-. Pareció que durante los minutos que permaneció en el baño el sentido del tiempo hubiera retrocedido si ello fuera posible. Anastassia Lizavetta miró por la ventana, el comienzo del bullicio en las calles internas del Parque Posadas se había detenido y algo faltaba para comenzar la actividad. Intacto por el contrario estaba el paisaje fascinante de decenas de autos de modelos variados, estacionados, alineados, iluminados desde arriba por faroles urbanos encendidos.

En el plato pequeño había otro cigarrillo aplastado sin apagar del todo a pesar de la rabia del gesto presumible. Sintió frío como si alguien más estuviera en la cocina y una presencia

femenina quisiera pasar inadvertida, seguro que se trataba de la otra mujer.

- ¿Sos vos?, preguntó mi prima y nadie respondió.

**Su** vida incluyendo el enigma existencial y el misterio rondándola los años venideros, estaba contenida en la distancia inconciliable -notoria falla hasta la escisión- entre lo que deseó hacer y lo hecho. Era la primera vez que a causa del desajuste temporal podría hacer coincidir anhelo y gesto concreto, como si faltara un desarreglo del sustento cósmico para alcanzar cierta señal aguardando la revelación del destino. La suma de los desacomodos la condicionaban a lo que era su verdad escamoteada, así hasta parece sencillo escribirlo después de que ocurrieron los hechos. Al comienzo fue excusa inferida en impresiones vistas por la ventana del departamento.

Era la primera vez que la vida de mi prima tendía a la unidad negando la imagen movida de una existencia duplicada -fuera de foco- descartando una visión confusa, contemplado la vida hasta ese instante con lentes equivocados. Intentar definir lo que ella pretendió hacer es imposible considerando el tiempo transcurrido, siempre hubo cerca acompañando la incertidumbre de su duplicidad otra escritura difuminada, cercana e ilegible, distorsionada por lágrimas y un chorrito de café. Aceptar contando lo que ella realmente hizo para mí -que decidí asumir la tarea con miedo y cariño- supone renunciar a explicaciones conformistas, las palabras resultan incompetentes para penetrar la evidencia del ajuste alcanzado por mi prima, son útiles en todo caso para dejar constancia de

coincidencia con resultado desconcertante. La tendencia se inclina por el descarte de indagar sobre aquello que quiso hacer y preferible a evitar la trampa de la duda renunciando a preguntas obvias.

Es preciso concentrarse en lo que hizo y abandonar la voluntad al azar de un péndulo rojo al que debemos mirar fijo: lo que llega incitando la escritura es preferible vivirlo hipnotizados y ella es el péndulo. Debemos observarla desde los primeros movimientos del relato confirmando que lo escrito fue verdad, sentir que nos pesan los párpados penetrando en un sueño profundo, única zona donde es aceptable lo que será escrito. Cerrar los ojos para leer mejor, creer lo que nos dicen recelando si permanecemos en la tristeza real o se produjo el corte a la ilusión, dudar si mutamos al clima de una hipotética novela donde podemos interrumpir la lectura. Añadimos detalles escabrosos del episodio que alimentó a la prensa durante semanas, perdimos así el control mirando el péndulo y estamos en la ilusión movida dispuestos a creer, decididos a aceptar la ficción de un suceso verdadero obedeciendo a la voz que cuenta la historia. Pesan los párpados accediendo a la identificación con personajes para avanzar, cediendo igual que en un teatro de variedades el pacto del engaño. Convencidos de que vale la pena saberlo y ello pudiera discernirse sin incitar al error; como si pudiera yo considerar lo que hizo mi prima aquel día gesto de personaje ficticio. Ese día escribiéndose por otro distinto a mí y el lector hipnotizado que soy se percatara



-para su sorpresa- que bajo determinadas condiciones se puede traducir la voluntad de otro incluyendo lo terrible.

Se hace, lo hago eso de escribirlo porque podía llevar adelante la tarea de secretario apalabrado. Debo tener el valor de ser ella por unas horas, ni sé si ella hizo lo que miró y ahora relato la proyección de lo que imaginó hacer. Diferencia decisiva en su momento, poco pertinente cuando los hechos se transfiguran en escritura afiebrada transitando la zona novelesca de las versiones. Seguir leyendo de ojos cerrados, leer como si se escuchara oyendo la historia llevada por la voz de nosotros mismos, la voz de cuando pensamos, la voz que ahora es la suya. Si puedo continuar la hemorragia de oraciones es porque existen fórmulas de palabras anunciando el momento de magia; cuando algo que fuera papel se confunde con el fluir del pensamiento íntimo y nos vemos tratando un secreto de familia, lo que en mi caso es exacto.

La escritura es el desajusto de mi prima en la cocina hace un rato frente al cenicero y la escritura exige de ese desajuste. Coexisten lo que se quiere escribir con aquello que se escribe y contadas veces se alcanza la recóndita armonía. Esa isla sin mapa donde las palabras comienzan a operar en estado segundo dejando de ser exteriores emanando de la lógica que sentimos propia. Las palabras consiguen la suprema identificación de la vida común y corriente de Anastassia Lizavetta con la de alguien que ella ni siquiera conoce. Ahora mismo, que el ascensor se detuvo en la planta baja yo quisiera escribir otra historia sobre alguien de mi sangre.

El asunto banal del número de cigarrillos, el reflejo de los pezones de mi prima en la ventana de la cocina (se supone que algo mío estaba en el interior de la cocina) y el nombre de ella escrito ¿diez, doce veces? hace que escriba: "la mujer quiso adelantar las tareas domésticas de la mañana. Antes que en el cielo por esa parte de la ciudad comenzara a clarear ella cerró la puerta de la cocina para evitar despertar a la familia". Eso lo escribo yo hundiéndome en la noche sin nadie cerca para compartir el secreto y poner distancia de los actos de mi prima. Los párpados me pesan. ¿Había apagado uno de los cigarrillos? Abrió la canilla del agua caliente, de eso estoy seguro y se propuso lavar la suciedad amontonada en la pileta.

**Es** palpable que la escena del sueño fue diferente y el día apuntaba distinto pues al comienzo le pareció que la luz del día era otra. La bata se abría y desnuda abajo –dejó la bombachita colgada en el bidé- pensó tener el aspecto de prostituta preparando té luego de haber trabajado hasta tarde y sintió que la piel en el halo de los pezones se estiraba. Los consideró pensamientos inadecuados de madre dispuesta a preparar el desayuno para su progenitura, tampoco podía impedir asociaciones soeces, la fantasía sexual se transformaba en el último refugio recordándole que tenía un cuerpo independiente de las necesidades de ellos.

El agua caliente al punto de que subía vapor hacia los ojos nublándole la visión la salpicaba un poco, ella avanzó la pelvis entre vapor enturbiando la mirada y apoyándola de pleno sobre el frío de la pileta una sensación de superficie metálica le recorrió el cuerpo, la descarga de otra cosa que una electricidad humana. Decidió evitar mirarse la cara en el vidrio de la ventana, vapor y claridad difumarían sus contornos. Quiso concentrarse en la tarea rutinaria, la mugre amontonada con vajilla desordenada en la pileta la retrogradaría a una dimensión menos pasional de la existencia. Habían cenado churrascos con puré, la grasa separada con tenedor y unos pedazos de carne estaban en los platos dispuestos de manera irónica. Sobre la plancha atravesada había coágulos de sangre achicharrados y montoncitos de sal quemada que resisten los líquidos desengrasantes de Lever. En los costados trepaba la

farándula con restos de puré, duros grumos amarillos de productos industriales haciendo reaccionar componentes químicos de recetas instantáneas: su puré delicioso como el de la abuela y en menos de un minuto prometía el envase. Anastassia Lizavetta odió y desde chica lo que había en las inmediaciones, restos de mandarina y semillas blancas escupidas sobre el plato abriéndose por el calor, hilitos blancos vegetales, gajos a medio masticar por el gusto a fruta pasada, cáscaras amontonadas en módulos pequeños y deformes. De la cafetera napolitana salió un aglomerado compacto de café conservando la forma de cono truncado esculpido por la presión del agua cuando filtra. Debieron preparar una ensalada porque había semillas de tomate en unos bordes y chorros de salsa vinagreta, estaban sin separar los cubiertos del resto de utensilios, dos vasos tenían el fondo de borra oscura impregnados de una película bordó. A un costado como desde que se mudaron al Posadas y ella venía de descubrirlo, estaba el balde de basura, la bolsa negra sin atar que debería bajarse en algún momento del día para dejarla en el contenedor de la Torre L.

Era horrible haber descubierto una arveja solitaria, otras fueron digeridas y las restantes marcharon por el resumidero tiñiendo de verde las cañerías de la Torre L. La miseria de la situación se concentraba en esa arveja única, como si le hubieran seccionado a mi prima un pezón que se volvió verde tirado entre la vajilla sucia. Retiró la pelvis de la zona haciéndose desperdicio y consideró que el día sería largo,

estaba dispuesta a soportar lo inesperado de la situación, el cuadro idéntico de cada mañana de su vida de casada. Si había que señalar hoy algo anómalo anunciándose inquietante, era la disposición de la arveja con textura de la insistencia; se agregaba el aliento del cenicero de la víspera repleto de tabaco, ceniza a medio consumir, filtros marrones de nicotina soltando olor agrio que ningún fumador soporta, cigarrillos viejos pitados a medias en la desesperación del insomnio sin tabaco, haciendo pasar pronto el desagrado de las tres primeras bocanadas, el gusto que se adhiere al paladar si se pasan horas sin encender un pucho.

Queriendo mantener la calma sin entender por qué la perdía, ella vació el cenicero en la bolsa de basura, ató las cintas plásticas dejando que el agua corriera por la pileta, calentase olores a detritus de la víspera y arrastrara por fin esa arveja. Afuera parecía una vez más que estaba clareando, le sobrevino un rechazo del cuerpo insoportable de contemplar. Mi prima se cruzó la bata y ató con rabia como otra bolsa de basura el cinturón con doble nudo, impidiendo que su cuerpo escapara del control mientras lavaba restos de la cena en familia. Esa mañana eran exageradas las sensaciones comunes y los sentidos por el margen adicional de tiempo debido a la ruptura del sueño antes de lo previsto. Resintieron los elementos habituales con textura evocando asco y repugnancia. ¿Esa naturaleza pudriéndose modificaba la conducta interna? Las responsabilidades podían ser de una arveja y sin culpa sino escándalo exagerado de su unicidad. Ese micro planeta

provenía de otra región del tiempo y la arveja nunca compartió la cena; algo desde el sueño la trajo para hacerle suponer continuidad en su conducta. ¿Había cocinado churrascos a la plancha con puré instantáneo? ¿Alguien abrió una latita de arvejas para acompañar? Un antes y su después de la contemplación de la arveja, esa arveja como inspiración revelando otra vía imprevisible para mi prima y obturada por el momento. La arveja considerada tramo silencioso entre lo que debía hacer y lo hecho. Distancia descubierta al azar, recuperada o salvada, concentrada en la arveja como si el conjunto de reacciones emprendidas a partir del momento de descubrir la arveja, fuera parte del proyecto de vida que la roía hace años y rabioso por jamás concretarse.

**Lo** que había por delante, tarea inmediata y el tiempo a salvar antes de encender el próximo cigarrillo – ¿el tercero? – concentraba la justificación de su existencia. Ella lo sabía, meter las manos en los objetos patinados de materia orgánica -lo hacía por lo menos una vez al día- esa mañana la repugnaba, estaba sola y las circunstancias se habían alterado. Resultaba curioso, de noche mientras lava esos mismos platos y cubiertos ellos andan cerca, la tele está encendida. Anastassia Lizavetta solía decir que eran apenas diez minutos y sonriendo incluso procedía al lavado de cucharas que ahora le asqueaba tocar. Era una continuidad de responsabilidades, tenía la probabilidad confirmada reiteradas veces de la ayuda del marido al secado, el apuro de terminar pronto el episodio de la convivencia antes de que comenzara otro caso del inspector Columbo. En las otras mañanas acompañaban informaciones de la radio, el listado de desgracias recientes entre jingles pegadizos loando virtudes de productos que ella utiliza. Mensajes publicitarios tendenciosos haciendo que el lavado de la vajilla ocasionara una felicidad lateral y sería fuera de tono esbozar una queja.

Siendo temprano ella prescindía de escuchar noticias frescas. La miseria social sin duda se venía sucediendo a pocas cuadras de allí y en las antípodas del Parque Posadas indiferente a problemas de sueño interrumpido de mi prima, patrañas repetida pues lo único relevante en el universo era ella ese minuto enfrentada a la inmundicia muda entre objetos

degradados. Tarea de violencia inevitable y conjunto de signos reveladores aguardando el contacto manual. La asqueaba percatarse de que su piel con la conciencia formaba parte de una unidad de objetos opacos desagradables. Era menos evidente aceptar que la limpieza fue hecha durante años sin protesta y debería repetirla luego de la visión de la arveja, acaso dios fuera esa arveja clamando una inminencia devastadora. Su tarea exclusiva en la economía de la creación consistiera en lavar la vajilla con un detergente publicitado y el temor que, de negarse, una maldición terrible se abatiría sobre ella. Los habitantes del Parque Posadas supieran de su desidia y peor: que ella decidió dejar de hacerlo por un capricho repentino. Siendo la culpa verificable el castigo sería implacable, estimando que su rechazo resultaba un mal ejemplo para el resto del condominio.

Decidida a quebrar el encadenamiento de hechos que advertía imponerse desde el exterior, ella encendió otro cigarrillo mientras daba vueltas a las reglas de juego embrolladas, había otras cosas para pensar que los efectos secundarios considerando un cambio tajante incluyéndola de cuerpo y alma. Mi prima se alejó del espectáculo de la pileta desbordante de porquerías donde destacaba -con fulgor de esmeralda perfecta y recién arrancada de las entrañas de la tierra- la perfidia de la arveja aislada del conjunto. Se sintió igual gata encerrada, en esa contingencia era la mujer sin salida y no tenía futuro con peaje por el gesto anodino de meter las manos en la pileta. Creía haber cortado el chorro de



agua caliente, si de algo debía escapar la salida estaba vinculada a platos sucios y adherida en los vasos con ese rojo sangre que deja el vino tinto. En tal momento de revoltijo sexual con fantasmas asediándola y mientras su concentración estaba en dificultades, se sentía mujerzuela en chancletas con vergüenza de serlo. El cinto del batón estaba firme oprimiéndole la cintura, en el pecho sobre el cruce del esternón la prenda se abrió algo y suficiente, dejando entrever la sospecha del comienzo de la forma de los senos, Se cubrió de apuro antes de que los otros la vieran, permaneció parada en esa encrucijada y el cigarrillo se fue consumiendo entre los dedos. La ceniza cayó al suelo y debió golpear fuerte porque la última brasa marchó en el envión. Habiéndolo decidido apoyó el filtro con rabia en el cenicero de la noche, las yemas del pulgar índice y mayor hurgaban en un montículo de ceniza fría impregnándose del olor a podrido mezclado con tabaco viejo. Se pasó esa mano por la bata a la altura de la cadera, olió los dedos y tuvo la imperiosa necesidad de lavarse las manos.

Una vez más faltaban trapos (¿dónde meten "ellos" los trapos después de usarlos?) y los que había a disposición estaban sucios. Recogió el ruedo de la bata y se secó las manos dejando al aire las hermosas piernas que tanto le miraba en la playa cuando las vacaciones de nuestra adolescencia. El tiempo convencional debería seguir sucediendo y el reloj apenas avisó la evaporación de unos pocos minutos. Tenían que estar ahí, estaba segura de que siempre tiene un par de repuesto; como los usa cada tanto por resultarle incómodos

temió haber olvidado reponerlos. En los dos primeros cajones del mueble de la cocina nada había que le diera esperanza y fastidiada los dejó abiertos, desde el comienzo frustrante mi prima estaba dispuesta a dar vuelta la cocina. Continuó buscando olvidándose del orden impuesto en sus dominios, fue en el estante de abajo donde guardaba la cera, pomadas para lustrar calzado, trapitos desgarrados de toallas, camisas viejas y visos que halló el paquete. Estaba segura, deberían estar ahí metidos desde hace años, tomó con violencia la bolsa de celofán, la rasgó con los dientes y se calmó cuando los sacó. Duros, rígidos, porosos para evitar resbalones y tacto de máscara de monstruo ella tenía en sus manos los guantes de lavar.

Estaba agachada; el esfuerzo, la energía malversada en dar vuelta el cajón de las bolsas viejas y enceres de limpiar zapatos la dejó sin energía para incorporarse. Una fuerza exterior le impidió pararse, ella se dejó caer permaneciendo sentada en el lugar. La puertita abierta era la ventana dando al subterráneo de lo cotidiano donde es sencillo extraviarse, se confundían olores de pomadas secas inservibles con grasa pertinaz exigiendo a gritos chorros de detergente. Miró a su alrededor, la memoria de la pila de platos sucios de la víspera estaba a distancia sideral. La ventana verdadera insinuaba un panorama inalcanzable y el paquete de cigarrillos Galaxie un vicio desterrado luego de la desintoxicación. El universo incluyendo la historia de su vida se redujeron a esos guantes, no había más que hacer ni otro proyecto de existencia que

ponerse en las manos los guantes azules y recordar para qué los buscó con tanta urgencia. Sentada en el suelo, con las piernas cruzadas en posición ridícula enfiló uno de los guantes que se resistía a la penetración.

La mano partió del cuerpo hasta quedar aprisionada en algo, el cuerpo había permanecido en la superficie con la mano enguantada inmersa a setenta metros de profundidad en la oscuridad ciega de aguas profundas. De no ser el brazo uniendo su cuerpo a esa mano distante, una amputación se operó de milagro como si pretendiera deshacerse de esa mano, hecho lo necesario para desprenderla dejándola caer en la hondura del lago. La mano insistía en permanecer unida a su persona recordándole que tampoco era culpa suya si los dedos quedaron teñidos del olor de ceniza y humores vaginales, tabaco Virginia y filtro usado. Sabía que no podía contar con ella dejándola a un costado y volver atrás era inconcebible. Hubiera hecho lo que fuera que le ordenaran menos quitarse de la mano el guante de goma; se trataba de una ocasión extraña y acechaba un sentido inconcluso, cosas sin definir quedando irresueltas por el camino que confiscó el sentido de retroceso y la imposibilidad del regreso. La intrusa dejó de importarle, le restaba la otra mano propia libre y un guante. El tamaño era inadecuado, supo del esfuerzo de enguantarla y si bien sentía la mano como cuerpo distante, el guante con la forma de mano podía colocarlo delante de los ojos. Contemplar a escasa distancia su silueta tensa de dedos azules brotados de verrugas, manos sin uñas ni cutícula, continuidad azulada

expandiéndose desde las extremidades con dedos hasta la mitad del antebrazo. La infección incurable se le metía por las mangas de la bata haciéndole dudar si cuerpo, cara, cadera y senos eran prolongación antideslizante de la goma azul. Más que el temor azul pudo la continuidad de acontecimientos iniciando el temor y mi prima ensayó con la segunda mano.

La rigidez de la mano facilitaba la situación, pudo meter dentro los dedos de la otra mano que quiso resistir ensayando un bloqueo entre órdenes y capacidades de obediencia de la mano. Sólo una fuerza inesperada podía venir a su socorro, apartó la enguantada arrastrando la segunda mano por el piso en todas direcciones. Los avances resultaban irrelevantes, ella se llevó el conjunto del objeto a medio instalar en la mano a la boca, tironeando con los dientes en cada milímetro de cada dedo. Cerró los ojos al hacerlo para evitar decepcionarse ante la lentitud del avance, nada distinguía y los mensajes llegaban desde la mano. Diez metros de profundidad, después quince, luego treinta metros mi prima perdió nociones de tiempo y esfuerzo. En un momento sintió que la mano alcanzó la oscuridad de los setenta metros y abrió los ojos. Era de noche, estaba tirada con el cuerpo por el suelo, se había movido como un bicho empapada en un sudor de esfuerzo y miedo. En medio segundo recordando lo hecho hasta entonces creyó que era una pesadilla, debería estar mal; se dijo que le negaron el permiso a rumiar consideraciones complicadas, tenía algo concreto como tarea y ya vería el resto de la mañana para pensar en tonterías.

Si fuera la empleada que viene dos mañanas por semana podría administrar las tareas facturando una hora más. Siendo la dueña de casa se incorporó decidida –las manos insensibles–, convencida de que salvo la sensación de miembro dormido con hormigas, las manos reales seguían vivas y activas pero lejos. Podría trabajar con el agua hirviendo sin sufrir ni buscar la temperatura adecuada, terminaría rápido con la suciedad remanente de algo malogrado para siempre y que era el día de ayer. Hoy tendría mil cosas para hacer antes de dormirse, un mañana como eventualidad generosa y optimista le traería a la vida un segundo hijo decidido por la biología, de ser posible una niña. En diez años un amante embustero para pensar en otra cosa que la inercia del cruce de los cuarenta y acaso un divorcio calculado por la estadística. Una redecilla de várices prematuras por fuerza de la herencia genética, los primeros pliegues de celulitis donde sólo llega el espejo, la alternancia de escasas alegrías efímeras y la resignación instalada en nube sin tormenta, tapado de piel de decepción con prendedor reluciente de piedras falsas. Eso sería para el hipotético mañana, cosas terribles que faltaban por vivir porque ayerera algo perdido para siempre.

Nunca sería la misma mujer de ayer, jamás volverá a probar el puré de anoche con consistencia incomparable a cualquier puré que pudiera preparar de ahora en adelante, tampoco tendría el tiempo biológico exacto que tenía ayer. Ayer metido en el Ayer se sumergió en el cieno espeso cobijando a muertos y cosas desaparecidas. Su ayer sería materia intestinal, puchos

amontonados en el cenicero sucio más la pila de platos recobrando la totalidad simbólica del Ayer, la idea de ayer era impedimento para concebir el concepto esperanza. Ella tendía a la resignación y la conciencia terca formulando el desgaste en la enunciación "la vida que se va" como arveja por el resumidero. Así alojada en una experiencia trivial de la vida ordinaria, la conciencia de muerte difiere del control médico anual incierto o un accidente en la ruta, tampoco es la futura fuga del hijo de la casa. La muerte es la memoria del ayer y ayer eran restos de puré pegado en la cacerola, trazas de la caída del aceite recalentado, fibra de carne adherida en intersticios acanalados de la planchita, semillas de mandarina abiertas por calor: la arveja significando revelaciones incomprensibles. Lavar era la experiencia de enfrentarse al pasado disuelto y persistente en objetos utilizados ayer. La incomodidad podía nacer en la supervivencia del ayer y mientras lavaba era de manera misteriosa estar en el ayer. Ser en ayer negando alteraciones del presente derivando en una dimensión del tiempo discordante afectando cada uno de sus gestos. ¿Lo que hizo y quiso era tarea del personaje de hoy o de mi prima de ayer?

La de hoy la se calzó los guantes y la de ayer distribuyó objetos en la pileta. Una tercera Anastassia Lizavetta –que ni es de ayer ni de hoy: otra distinta naciendo a medida que escribo- propició el orden del encuentro entre las dos primeras. Después ella se contó estar al tanto. A medida que lavaba un plato sabía lo que aguardaba al final de la serie sin poder

evitarlo. Convenciéndose que atrasaba el avance de la mañana espaciando movimientos automáticos; lavando cada vaso y cubierto con maniática perfección y detergente haciendo abundante espuma en el agua, postergando llegar al fondo inabordable de las cosas que huele a cuerpo moribundo.

**Lo** que debía ocurrir sucedió. Las manos hundidas en un agua jabonosa dificultando asir los objetos -sin retener la superficie antideslizante de los guantes- y enviando mensajes a setenta metros de profundidad destrabaron el resumidero con un movimiento intenso. La suciedad desaparecía en remolino con ruido de naufragio quedando en suspensión un recuerdo de espuma turbia y que ella enjuagó con el alargador de goma. El fondo quedó limpio, la arveja desapareció con restos del ayer y permanecía en el fondo la cuchilla para cortar filetes de carne caliente sobre la plancha, un cuchillo coreano comprado el invierno pasado por el sistema de tele ventas.

Al marido le encantó la demostración circense del presentador de rasgos asiáticos aproximativos, el individuo procedió esos minutos de pantalla con movimientos vigorosos remedando gestos de las artes marciales. Llamaron la atención del marido la manera cómo los cuchillos pequeños cortaban gruesos entrecot, la facilidad del cuchillo dentado para el pan abriendo en canal una guía telefónica; pruebas a las que se sumaba la promesa del procedimiento de la conquista espacial asegurando el filo inalterable de aquí a la eternidad. A la hora de haberlos encargado el marido temió haber caído en la estafa mediática, los cuchillos resultaron resistentes y eficaces, los usaban a diario integrándolos a cucharas y tenedores del juego que otros primos les regalaron para el casamiento.

Anastassia Lizavetta advirtió que la cuchilla oriental parecía estar lejos, sus manos lo mismo trabajaban con diligencia



dejándola pronta para recomenzar. Hizo correr el agua caliente aguardando que la espuma se disolviera y en el fondo metalizado la hoja atravesada en diagonal era estandarte guerrero, blasón secreto de secta perseguida por prácticas sacrificiales inhumanas. Una de las manos enguantadas quedó dentro de la pileta y al pretender retirarla halló resistencia.

Parecía que el comando de las órdenes, en un punto ciego entre los setenta metros que separaban sus pensamientos y la mano enguantada, hubiera cortocircuitado. Ella se dijo que era una tontería, la mano estaría dormida por falta de circulación sanguínea debido a la presión del guante. Repitió el intento, la mano enguantada -acaso la voluntad del guante insumiso- insistía en permanecer inmóvil. Por segunda vez y asistiéndose con los dientes comenzó a sacarse el guante que escapó a las influencias del campo magnético de la pileta. El intento se hacía desesperado, dos de las puntas de los dedos de goma fueron mordidos con saña y la operación terminó con la ayuda de la parte interior de las rodillas, usadas a manera de morsa.

En algún momento del intento por desembarazarse de uno de los guantes el nudo del cinturón se deshizo, la bata se abrió como persiana por un golpe de aire y reapareció el cuerpo desnudo de mi prima. Ella había olvidado la otra mano o fue la mano que hizo lo necesario para ser descartada mientras decidía los movimientos a seguir. Al final de las contorsiones Anastassia Lizavetta alzó el brazo y se observó con extrañeza la mano liberada de la presión del guante. La mano estaba roja por el esfuerzo, mi prima movió los dedos recuperando la

movilidad como después de retirada una manopla de yeso y sonrió satisfecha.

Miró hacia la pileta queriendo solucionar otra mitad del asunto y descubrió que la mano azul tenía asido -con fuerza que podía suponerse- el mango del cuchillo coreano. Agarrado de la manera menos indicada para cortar una rodaja de matambre arrollado, un pedazo de sandía, un repollo.

-Dios mío, dijo sin separar la vista de la mano enguantada.

**Era** incontestable que la combinación fortuita entre mano guante y cuchilla anunciaba algo anómalo que sucedería en el futuro cercano; hasta podía proclamar la mano de una mujer con la intención de atentar contra su propia vida. Anastassia Lizavetta concluyó que ello era insensato y menos recordaba haber producido nunca pensamientos parecidos a los que se venían tramando en esos instantes. Ni siquiera en la adolescencia y habiendo por delante una cantidad considerable de platos sucios, a lo que se agregaba la vigorosa fuerza de la vida, era la hipótesis que podía excluirse. Una mujer que especula quedar embarazada en las próximas vacaciones, dispuesta a controlar temperaturas íntimas y llevar el conteo de los días aptos para la procreación no considera lanzarse a una aventura suicida.

De ser así entonces: ¿qué hacía ese cuchillo emergiendo de la mano que dejó de obedecer? Las dos instancias de avance, los lugares próximos a dónde era probable que se dirigiera blandiendo la hoja le provocaban temor y temblor. Junto con la idea confusa circunvalando faltaba elaborar una estrategia de rechazo desactivando las posibilidades del soplo interior. Crispada por tener esos pensamientos, las posibilidades de avance latían en ella con intensidad y comenzó a llorisquear. A medida que se compadecía de su situación extraña aumentaba el deseo de hacer algo, tratando de contrarrestar el sentimiento flamante de hacerlo ella separaba mentalmente de manera obsesiva lo que tenían pensado hacer hoy en familia.

Nada especial, tampoco un día particularmente fastidioso y había en el programa alguna de las tareas que posterga para mejor momento.

Ella me dijo: compraría una bandeja de masas secas e iría a visitar a la hermana que vive en la ciudad. ¿Antes o después de ir a trabajar? Hace años que está sin noticias de la hermana esa, viviendo tan a trasmano ir a su casa es viajar al extranjero regresando a un país desconocido. Más de una vez pensó ir; a la hora que sale del empleo no es que tenga un deseo irreprimible de volver al Parque Posadas, sino que debe hacerlo antes de que el niño regrese del colegio. Siempre lo mismo, el hijo deja la ropa tirada en el living, la heladera abierta y hay que controlar los deberes, si los padres no están detrás de ellos los hijos se enchufan al televisor olvidando el trabajo escolar.

Cuando terminó de pensar lo relativo a la educación de los hijos estaba saliendo de la cocina, con la mano liberada acomodó la bata. La otra mano para qué verificar, sabía que apretaba el cuchillo con el puño petrificado y puede suponerse que se tranquilizó sabiendo que se dirigía hacia su dormitorio. Rechazó suponer qué hubiera decidido de haber ido a comprobar si la criatura dormía o en la madrugada se había destapado. Creyó que al levantarse siendo de noche -a la hora del primer cigarrillo- dejó la puerta del dormitorio cerrada. Había quedado entreabierta y era escasa la luz interior cuando ingresó al cuarto guiada por el verde luminiscente del radio despertador que apagó, la línea de luz filtrándose por la junta defectuosa entre dos tablitas de la persiana veneciana; detalles

suficientes para cuestionar la oscuridad temida desde niña y asegurar un principio tenue de claridad. El resto permaneció en el ámbito de las sombras sin que nada signifiquen exceptuando su condición física, cierta incapacidad de definición visual donde se proyectan los temores.

Faltó durante ese minuto la conciencia del cambio de ambiente, algo sensorial olvidó el sentido de la puerta y ella recobró la circunstancia estando dentro del cuarto; puede que amnésica pasajera y saturada de recuerdos inconexos ella contempló el cuerpo dormido del marido. Lo prudente hubiera sido limitarse a observar preguntándose la razón que la llevó a compartir la vida con ese cuerpo. Agregar consideraciones sobre el paso del tiempo, temores que procuran ciertos organismos vivos inertes y aislados; al caso la arveja descubierta en la pileta durante la hora del primer cigarrillo, del segundo. Algo así es lo que debió hacer, contenerse y postergar lo que fuera, desestimar interrogarse en ese momento por escenas que regularon su existencia.

Inducida por un deseo caído del cielo, llevada por una fuerza reprimida demasiado tiempo en otra parte del cuerpo -distinto de las manos-, portada por la voluntad de que lo que debía suceder pasara pronto, ella avanzó hacia la cama matrimonial desconociendo cómo se concreta aquello que algo la empujaba a hacer. La obligaba, dijo después. Un solo movimiento sería insuficiente e ineficaz, podría golpear con torpeza contra un punto cualquiera del cuerpo que no fuera vital lo que acelera

el despertar, desata el escándalo posterior sin olvidar la desagradable serie de explicaciones que se negó a considerar.

Era preferible el horror en silencio a oscuras que las explicaciones entre gritos y sangre. La mano azul una vez trazando la besana tres veces, cinco veces sin reacción del cuerpo agredido, siete sabiendo lo acaecido y así hasta doce. Golpear hasta que el marido y la mano que perdió el azul opaco del caucho pactaron una tregua inmóvil ya del otro lado. Seguro que por lo menos uno de los golpes partió el corazón y otro el hígado, dos en el cuello de tal manera que una de las arterias fuese seccionada. Fue rápida como se puede ser siendo otro en la alienación, repetitiva para confinar el agobio y la turbó contemplando lo hecho descubrirse una calma ficticia.

Días después me confió que no sintió la saña que debía suponerse en la causante de ese cuadro de horror. Debió de ser la fuerza de la mano inaudita, fuerza explicable por el desarreglo general que padecía, puede que la calidad de la hoja coreana publicitada por televisión. Mentiría si dijera del esfuerzo que supuso lo hecho, si entrara en consideraciones sobre la resistencia de la carne humana recordando la textura del pan dulce viejo. La escena resultó mientras duró de inesperada liviandad como si hubiera evitado a propósito los huesos y sin fuerza por estar fatigada. Allí parada consideró irrespetuoso dejar el cuchillo clavado en la ingle del marido y padre de su hijo, lo tiró al suelo buscando el fondo de otra pileta imposible, quiso tapar las heridas a dos manos, luego

con las puntas de la frazada. Los tajos eran netos, querían permanecer expuestos, siendo más que desgarrones superficiales y las hemorragias graves que causaron el fallecimiento eran internas.

El conjunto de los hechos que hoy la implicaban parecía ser familiar a su historia, el guante azul que en la cocina se resistía a ser rellenado por la mano se desprendía de los dedos con enorme facilidad. Una vez habiendo mi prima recuperado el dominio de ambas manos se dejó caer en la cama sobre la sábana de su lado, estaba cansada como al final del día y habiendo ido de visita a la casa de la hermana. Queriendo borrar lo ocurrido cerró los ojos pensando en cualquier otra cosa, en el tipo de masas que le llevaría a la hermana, lo que cocinaría para cenar; en ello estaba cuando sonó el despertador que ella había apagado. Nada sería improbable a partir de lo ocurrido, había gente hablando dentro de su dormitorio discutiendo sobre el tiempo que haría y las películas que pasarían esa noche en la tele. Mi prima pasó su cuerpo por encima del muerto y apagó la radio por segunda vez, detestaba soportar charlas a esa hora. Se levantó mintiéndose que era un gesto idéntico a todos los días, había ganado algunos segundos pues tenía la bata puesta, Salió del dormitorio y cerró esta vez la puerta asegurándose de que eso quedaba separado del resto del departamento. Podría comenzar a moverse como si fuera un día cualquiera, pasó por el baño, se sentó a orinar sin que saliera nada. Algo en ella se secó durante la noche y después de lo hecho, abrió una canilla de la ducha

dejando tal cual la mampara de acrílico, se dirigió a la cocina que estaba limpia, sacó de la mesa el platillo con cinco cigarrillos apagados y los tiró en el balde de la basura. Sacó la manteca de la heladera, encendió la cafetera automática, sacó los cubiertos de la alacena, las tazas para los tres y un frasco de mermelada, abrió el paquete de pan cortado en rebanadas, colocó tres a tostar, sacó la botella de jugo de naranja del interior de la puerta de la heladera sacudiéndola para entreverar la pulpa depositada en el fondo.

A eso la ducha estaba caliente, Anastassia Lizavetta se quitó la bata que colgó detrás de la puerta del baño. Del armario sacó un jabón de tocador perfumado a la lavanda y se miró las ojeras en el espejo del baño, había pasado una noche fatal. Se metió debajo del agua buscando consuelo y cuando el cuerpo entró al influjo de la lluvia se pasó las manos por la cara, a mi prima le gustaban sus manos.

-Mis manos, dijo.



**¿Anastassia** Lizavetta cerró la puerta del dormitorio? Sí lo hizo lo allí sucedido pudo ser una pesadilla, ella estaba despierta y recordaba detalles minuciosos de lo hecho con sus manos hace unos minutos. Era pronto para comenzar a arrepentirse, estaba aún bajo los efectos del acceso de "eso", faltaba que pasara el tiempo que forma la pátina de culpa y el llanto negándose a asomar. Mi prima permanecía en la flotación del día, el mundo continuaba idéntico al que abandonó ayer al dormirse. Excepto la superficie de 3m.80 x 3m.20 del dormitorio grande en el segundo piso de la Torre L del Parque Posadas, con vista parcial entre los huecos de otra Torre hacia los árboles del Prado, donde suelen pasearse los enamorados cruzando el puente de las Quimeras con sus cuatro farolas. Un cuarto hacia abajo y doce hacia arriba tenían idénticas dimensiones. Sin la perfección de lo duplicado se estarían sucediendo escenas habituales de vecindario, ropa descosida dejada para el fin de semana, suciedad en los rincones, un hombre casado obsesionado por la muchacha que hace la limpieza, el ratón saliendo del conducto a buscar sobras, la pareja discutiendo planes de evasión de fin de semana, una mujer embarazada estirando la frazada. Ninguna escena tendría la excepcionalidad del cuarto de mi prima ni el colchón absorbiendo sangre como lo haría un enorme animal de resortes y espuma de poliuretano.

La geometría resultante de los hechos recientes disimulaba la enormidad de lo ocurrido, desproporcionado en relación al pasado y a la idea que de ellos -sobre todo de la esposa y ama

de casa- tenían los conocidos. Su reacción espontánea fue pensar “lo que van a pensar de mí”, la primera estratagema consecuente pasaba por decidir olvidarlo como se puede olvidar ir al mercadito antes de que cierre al mediodía. Mi prima consultó el reloj, la hora contradecía el tiempo que le hubiera consumido llevar a la práctica lo que creía haber hecho de irreparable. Era sencillo: bastaba con regresar al dormitorio abriendo la puerta, tampoco había necesidad de encender la luz. La claridad del día estaría distribuida en el cuarto, entre la séptima y octava tablilla de la persiana hay una falla de ajuste por donde irrumpe luz filtrada del prisma horizontal descomponiéndose en dispersión agradable. Hace un año que la están por arreglar y siempre falta tiempo para llamar al técnico, con esa mísera luz filtrándose podría cerciorarse si lo que cree que sucedió fue verdad; lo uno como lo otro –verificar el error o aceptar lo sucedido- la deprimiría.

Ella se conoce, creía conocerse sabiéndose en una etapa de inestabilidad emotiva donde era inepta para controlar sus gestos. Esos horrores que en apariencia faltaban en los planes de vida alcanza con concertarlos, ellos manifiestan su excepcionalidad, los actos en su irreversibilidad provocan el pasaje viniendo del otro lado y no la lógica inversa como se supone. El crimen considerado precedió a la decisión y al apretar más temprano la cuchilla, en un posible relato del incidente ya había apuñaleado al marido. Era ocioso corroborarlo, introducir desconfianza en la limpieza de lo acometido, pudiera ser que decidiendo seguir el día como

siempre (aunque fuera diferente a los otros) a fuerza de postergar y acomodar la sucesión de maniobras previstas – supondría aceptar alteraciones por la desmesura del acto- ella alcanzara al atardecer un simulacro de paz subjetiva. Comprobar que se circunscribió a una experiencia de horror exterior y menos explicable por el comportamiento humano. Menudo consuelo de picardía y asombro juvenil al cotejarse con la intensidad de su deseo urticante, sabiendo que allí se quedaría y jamás sería la Anastassia Lizavetta pasando al acto que realmente ensayó.

Ese era un fabuloso invento de las revistas del verano que parecían haberla preparado para lo sucedido hoy. La imposibilidad del pasaje al acto, el coqueteo con fantasmas de transgresión sin incidir en la realidad, hacer tangible lo que se sueña y que es insuficiente la fuerza vandálica de lo soñado para especular en la vigilia; rumiando escenas reprimidas, cavando trincheras separándola del pasaje al acto. La única probabilidad de que se le hubiera cruzado por la cabeza la idea de apuñalar al marido dormido, gesto que volvía bajo la ducha mientras él dormía su última media hora, eso pensado enjuagándose el cuerpo, que pretende ocultar cuando se pone la bata. Sintió deseos de desprenderse; mi prima se impuso límites al saberse incapaz de pasar al acto, quiero decir: por fin una mañana cualquiera apuñalarlo sin intención de matarlo -aunque ello nunca puede controlarse por completo- sino por conocer cómo se sentiría de ánimo luego de hacerlo. Al menos y jugando intentar un semi pasaje al acto entrar al

dormitorio con la cuchilla en la mano, acercarse al cuerpo dormido, pararse al borde de la cama, resistir un minuto contando hasta sesenta. Permaneciendo allí sin moverse considerando lo que cuentan las revistas del verano sobre complicaciones del pasaje al acto. Eso del minuto suspendido sería una prueba difícil, se negaba a pasar al acto como me escribió alguna vez y ponerse en instancia de decisión sobre otra alternativa donde el objeto era un revólver, lo que podía facilitar las cosas.

Un detalle decidió el descontrol y alguien firmó la orden de pasar al acto, quiere sacarse esas ideas de la cabeza, es preferible agregar más champú en el pelo, el anticaspa con aroma de manzanas verdes y así los malos pensamientos serán arrastrados por el agua como película rebelde. El agua caliente se lleva extraños pensamientos de la noche pasada, debería ser normal tratándose de fatiga y cansancio. La abrumadora estabilidad de la vida, ausencia de planes estimulantes, estoy seguro que de eso se trataba; la falta de planes familiares otro que tener un segundo hijo y para su generación la merma de la intensidad militante, del pensamiento crítico admitiendo, lo que es irónico, la escasez de causas estimulantes aceptando que en el mundo hay pocos incentivos para pensar en cambiarlo. Mirándolo bien, las cosas tampoco van tan mal. Eso, como escriben en las revistas desactiva la iniciativa personal y puede que el pensamiento se vuelva errante e introspectivo. Piensa un poco en ti y verás que todo cambia a tu alrededor, pero cuidado y atención: tampoco exageres el atropellamiento

de renovación voluntaria, ni pretendas indagar sin prudencia zonas pútridas del alma, escriben los consejeros en las revistas. Tu pregúntate: ¿qué puedo hacer hoy por mí? procurando que la respuesta te aporte algo de felicidad. Nada puede superar la autoayuda donde el objetivo de las iniciativas es tu felicidad.

La pareja, aparte de la hermanita para un niño que comienza a tener caprichos de hijo único tendría que inventarse un proyecto estimulante. Buscar otro departamento, al menos pintar el del Parque Posadas. ¿Planificar un viaje? ¡Eso! Ir a Londres. Anastassia Lizavetta estudió hasta quinto año en el Anglo cuando jovencita y desde entonces deseaba ir a Londres tan citada en los ejercicios gramaticales. Fue lo que me confesó mientras preparaba exámenes de Cambridge, ella tomaba muy en serio los cursos de inglés, entonces era una muchachita aplicada y curiosa. Esa misma noche sin más tardar, lo diría en la mesa: "decidí que quiero ir a Londres." Sería un excelente pasaje al acto mediante la palabra asumida, una manera de instalar el deseo en el cotidiano y luego a esperar la reacción de los otros. Después se vería, lo importante bajo la ducha y después del champú era haberse decidido a decirlo esa noche. Arriesgarse al "estás loca, eso no podemos pagarlo ahora, habiendo tantas otras cosas para hacer antes que atender a tus caprichos". Igual lo diría, al menos que el marido lo supiera de una buena vez y se pusiera al tanto de su decisión. Claro que la familia seguiría viviendo como siempre pero aceptando un corte en los supuestos de la felicidad; capricho que viene

desde antes, conviviendo con la infección compartida resistente a potentes antibióticos y con el asunto pendiente del viaje a las calles de Londres o una partida postergada indefinidamente.

**E**l río Támesis indica el límite entre lo convencional cotidiano y la felicidad negándose a encontrar su cauce, el río del Tower Bridge era la historia de Anastassia Lizavetta ese día preciso de finales de marzo, de comienzo de los noventa y de mediados de su vida. La ducha caliente del amanecer de un día triste pudo haber sucedido en un hotel del perímetro central de Londres. Ahora mismo allí afuera la podría estar esperando un breakfast en el salón comedor de un hotel londinense tres estrellas. Durante el copioso desayuno –panecillos tibios y mermeladas tentadoras, jugo de naranja, huevos revueltos con panceta, té de Ceilán- la pareja prepararía el itinerario del día que promete, alternando sitios imprescindibles de la city con inesperadas gratificaciones, sin olvidar la lista de regalos para quienes quedaron allá. Los esperaba -según lo planificado hace meses en Montevideo- una visita a la Tate Gallery para ver por fin las famosas brumas de Turner. ¿Para qué se estudia inglés durante cinco largos años de no ser para ir a la Tate Gallery, acercarse a *Funerales en el mar* de J. M. W. Turner (1775 - 1851) y seguir las explicaciones de los guías? Sin olvidar los dos años de Notariado. ¿Para qué se estudia en Uruguay dos años de Notariado si no es para financiar un viaje a Londres en condiciones correctas? ¿Para qué sumar en horario nocturno cursos de computación, seminarios de gestión y relaciones públicas con un especialista hispano venido de Miami? Para comprobar si los hijos –mi prima pensaba también en la futura hermanita del niño- saben la lección de inglés en

el interrogatorio del desayuno. English is the futur, this is my son, i'm a murder. Ella estudió inglés para entender las historias de las canciones de los Beatles que cantaba en una fonética aceptable, como A day in the life, disfrutar del acento acanallado de Michael Caine haciendo de profesor borracho en *Educando a Rita*. Salir del baño como Lady Godiva protestando ante la alza de impuestos y colocarse con elegancia la bata amarilla por encima de los hombros.



**Mi** prima estudió siempre algo complementario para ocupar las jornadas y olvidar los malos pensamientos del amanecer. Zona agreste entre sueño y vigilia, penumbra y luminosidad, deseo incontrolable e hipotético pasaje al acto sugerido por las revistas del último verano. Faltaba encender un cigarrillo, quedan diez minutos para despertar al bastardo (los hay por miles en Inglaterra donde es una institución arraigada, desde la familia real hasta cantantes de rock) y como ayer, eso lo tenía calculado en sus movimientos mañaneros. Lo que dura un cigarrillo equivale al tiempo de prepararles el desayuno, el breakfast para iniciarlo al inglés básico. El tercero de la serie será para mirarlo con atención mientras bebe el café con leche, como si ese hijo fuera alguien extraño a su existencia; y eso que a partir de lo sucedido hace unos minutos -si es que alguien pudiera confirmar la verdad de lo hecho y dar fehaciente testimonio- podría considerarlo su hijo verdadero.

La vida se venía asimilando a una rutina aguardando algo que nunca llega acechando lo inusual y así cada día. Aguardar sin hacerse ilusiones la chispa del acontecimiento que le diera sentido a lo parecido, espantando la sombra de lo repetido. La culpa, si culpa hubo la tuvo el té que decidió beber a solas en la cocina; seguro que fue eso, iniciativa inglesa derivada en presión de la vejiga. La razón del despertar esta mañana más temprano que de costumbre que consiguió cambiarle una vigilia de pesadilla por el sueño. Algo haciéndole ver la escena que soñaría cada noche durante el resto de su vida para

olvidarla al despertar, conformando un gesto, pasaje al acto y estrategia de protección mental típicamente británico. Tenía que ser así el encadenamiento sucedido y aceptable en la medida de incorporar la probabilidad del soñar despierto. Lo que mi prima creyó que eran escenas de violencia asumidas - límpidas en su horror- fueron sueños coincidentes con el deseo de viajar a Londres y visitar el museo del crimen. Cotejarse a famosos asesinos de los suburbios londinenses inmortalizados en cera, recorrer las salas temáticas hasta encontrar reproducida la escena culminante del amanecer. En la escenificación inexacta esos ojos de loca le parecerían evidentes, tendrían la fuerza de lo reiterado cada noche, semana tras semana y así hasta un comienzo extraviado en la memoria.

Recordó con la convicción que aporta un hecho extraordinario: las ganas de matar al marido -si podía confiarse en su evocación y estaba en condiciones emocionales de hacerlo- irrumpieron por primera vez hace seis años en molesta coincidencia asociada a las peripecias de la maternidad. Lo recordó por el horror experimentado en el primero de los despertares diferentes: "qué horror de pesadilla" me contó que ella se había dicho. Como si el sueño fuera error de distribución onírico, un invento para nada relacionado con sus deseos insondables y capaz de contradecir la clínica aceptada. Descuido parecido a cuando alguien, en un multicine de los que dicen que hay en Londres, entra en la sala equivocada y en lugar de la comedia para la cual había

comprado la entrada, observa cuando la protagonista se dispone a matar al marido dormido. Buscó paliativo a ese malestar jugando a que el sueño era de otra persona; soñó que alguien desconocido había soñado que mataba al marido y recordaba el crimen (interpretación errónea, recuerdo exagerado) pero en verdad soñó otra escena y lo recuperado fuera intento confuso de interpretación, una escena rodeada de niebla.

En los primeros tiempos que con razón la angustiaron, creyó que su versión fue error negándose a considerarlo seriamente. Pensar demasiado era admitir que la habitaba una fuerza perturbadora, deseo afectando territorios alejados de la psiquis. Queriendo protegerse consideró que los sueños eran farsa, como si el subconsciente pudiera manifestarse mediante una comedia de las equivocaciones y el subconsciente -que detesta interpretaciones paródicas- cuando comprobó que ella reacciona con una pobre sorpresa, tomando con sentido del humor la historia terrible que él viene de representarle (dispositivo que tenía orden y advertencia), habiendo comprobado que mi prima menospreciaba la intensidad de la relación entre ambos momentos, modificó la estrategia. Él decidió que la escena desdeñada por mi prima, esa mínima obra intensa siga en cartel todas las noches hasta que suceda algo; que ella olvidara al despertarse y avanzar con la mediación hasta que asome lo extraordinario.

El jueguito peligroso venía durando desde hacía seis años que es una enormidad para cualquier persona. Hoy mismo,

cuando mi prima se despertó a destiempo la tramoya nocturna estaba lanzada y la trama sujeta teatralmente en su tercer acto. Las imágenes se sucedieron, el sueño era pensamiento y en tanto venía ocurriendo desde hace seis años fue normal y evidente. Como todo pensamiento que tuvo seis años para ganar credenciales de convicción, hacía lo posible para colarse en la realidad. Habiéndose transfigurado en hecho creíble e incidiendo en la realidad, difuminar su carácter de sueño prisionero perdiendo la condición de sublimación, asumiendo la de acto referencial. Lo único que podía reprocharse vinculante a la noción de culpa, era que despertó a destiempo; reproche válido ya que los sueños son inocentes. Lo tremendo no fue lo hecho de irreversible sino que lo consideró con anterioridad. Habiéndolo soñado con insistencia merecía ser tomado con precaución y si había responsabilidad decidió desplazarla al subconsciente. "Me volví loca" recuerdo que dijo la primera vez que la encontré después del crimen, como si fuera así de simple entender.

**E**l desajuste entre acontecimientos en suspensión del sueño y corporeidad de la vigilia trastocaron la sucesión de los hechos de la jornada pensados ayer. Anastassia Lizavetta despertaba cada día en la rutina y desde hace tiempo renunció a que en su vida sucediera algo original; por lo previo que vengo consignando por escrito -tratando de explicar y entender yo mismo saliendo adelante- hoy era distinto. Lo extravagante estaba hecho faltando los misterios mayores, la vida se anunció como prolongación de sueño con sorpresa final, el nuevo sistema de prioridades iluminaba de manera distinta cada gesto de los que hasta anoche, cuando cenaron churrascos con puré, eran ordenados en los estantes de la costumbre: copas de vida, cubiertos de existencia, servilletas de convivencia.

Me confesó que el crimen fue una droga siendo intensísimo orinar y exagerado encender un cigarrillo, repartir tres tazas sobre la mesa de la cocina se volvió una experiencia llevando hasta las lágrimas, cada palabra podía tener intensidad de sangre derramada y pasión dijo mi prima. ¿Cómo lograr contener lo insoportable cuando irrumpe al encender el gas de la hornalla y poner a tostar rebanadas del pan de la víspera? Puede que sin saberlo estaba instalada en el momento cuando la repetición era maravilla incontrolable para los sentidos, temiendo lo que pudiera decir en tales circunstancias, Fue entonces cuando ella abre decidida la puerta del dormitorio llevando el cuchillo en una de las manos. Hacer lo insensato la distanciaría de pensamientos confusos que se reclaman de dos

campos. Nunca le gustó pensar, le hace daño me confesó durante una charla informal y le desagradaban las cosas que piensa. "Es mejor estar ocupada" me dijo. En la cocina mi prima se acostumbró a la luz del día, otro amanecer armándose tras la línea irregular del horizonte urbano.

En el cuarto del hijo con las persianas bajas y que ensamblan sin defecto sigue la noche, es oscuridad y ella avanza hacia la cama sin cuchillo ni furia como ocurrió en el sueño de hace un rato. La conmoción que supuso el sueño hizo que todo parezca diferente mientras la obiedad penetra en esa esfera: "alguien que es mi hijo está durmiendo." Ese simple pensamiento circulando al interior de su espíritu se carga de connotaciones y temores ignorados. Ese ser, la persona que tuvo alguna vez en la panza durante meses interminables está dormido, descansa sin saber lo que su madre pudo ser capaz de hacer, un abismo insalvable se fisuraba para el amor materno. Anastassia Lizavetta ruega, piensa que ruega pues no todas las características notorias de los padres se hereden. Se siente halagada cuando le comentan que el hijo se le parece, allí donde ellos van juntos de compras y visita se lo dicen: "ese niño sólo puede ser hijo suyo." El pobre, con lo que viene de suceder bajo el techo del hogar familiar está marcado de por vida.

Duerme sin saberlo, ignora lo ocurrido y menos las consecuencias, la próxima vez que se duerma si lo logra el resto de su vida estará condicionada. Estaba preparado para la educación regular e imprevistos de la vida no para lo que viene

de hacer mamá. Luego aunque pueda llegar a odiarla, hasta que él muera será parte de ella y más si con los años llega a entender. La nariz y la forma de los ojos dice la gente, los extraños. Mi prima se coloca la mano sobre el rostro como telón, aislando la parte de la cara en la que el niño – comentan – es el vivo retrato de ella. Con eso tiene bastante el infeliz, ella rechaza que además del sector superior de los rasgos faciales haya heredado el imaginario de los sueños. El niño duerme a patita suelta y si sueña lo hará entre escenas de Walt Disney. Ella de chica soñaba con personajes de dibujos animado hasta que un buen día todo cambió y comenzó a soñar cosas raras. Eso fue después de la enfermedad.

"**Fue** el daño" recordó mi prima evocando el episodio de la niñez, eso sentenció la vecina de la otra cuadra cuando la consultaron por su estado de salud. Anastassia Lizavetta pensaba que la madre la llevaba al médico a que le revisara el interior del cuerpo, una sala de dentista para controlarle las caries, a que le cortaran el pelo. Desde que tenía memoria la intimidaba la limpieza y el olor a agua de colonia de los consultorios, la manía de lavarse las manos de los médicos. La inhibía el decorado antiséptico de azulejos celestes, los instantes cuando intercedían instrumentos brillantes porque algo visceral había fallado adentro. Ella creía eso y que no iba a gratificar su persona, sin desconfiar que la madre la llevaba a sanar de una enfermedad rara que agredía el saber estrecho de la medicina tradicional.

El lugar estaba en penumbras y había un retrato policromado del Sagrado Corazón del que salía una intensa luz inexplicable llamando la atención. A ello se sumaba un perfume producido por la quema de algo, olor de cadáver santificado recuperado años después en los preparativos de la primera comunión.

-Un daño, avanzó la vecina apenas la vio, antes de tocarla.

Era una viejita de dulce apariencia, mi prima la cruzaba todos los días en la calle haciendo los mandados y ahora la auscultaba con ojos de madre superiora en levitación, como si fuera víctima propiciatoria de una fuerza perversa. "La envidia" replicó de inmediato la madre de mi prima. La viejita procedió a una serie de manipulaciones sobre su cabeza, lo hacía sin abrir los ojos y susurrando letanías guturales que deberían ser eficaces



preparándole el pelo para algo distinto a un corte. Al final de la consulta y los pases hubo un frasquito con líquido color té, concentrado poderoso que la muchachita debería beber durante una semana antes de dormirse a razón de dos cucharadas soperas por dosis. "¿Pero quién?" se atrevió a preguntar la madre hundida en la continuidad de los acontecimientos, una vez finalizada la ceremonia y con fe prescindiendo de exámenes complementarios para ratificar su existencia.

La viejita curandera respondió que era imposible saberlo con certeza, sin duda era obra de alguien próximo a la casa, puede que de la familia.

-Seguro que es esa, dijo la madre de mi prima pensando en alguien concreto.

A partir de esa consulta secreta, la casa de mis parientes sería escenario habitado por la desconfianza hasta que se conociera la identidad del responsable de aquello despreciable. Cada vez que la madre dosificaba una cucharada del líquido repugnante, murmurando entre dientes un Ave María con la intención de reforzar las virtudes curativas de la pócima, entre las estrofas sagradas intercalaba nombres de la lista de sospechosos. Anastassia Lizavetta creyendo estar enferma de los microbios normales, que el estado preocupante de debilidad le haría merecer una atención afectiva intensa de la madre, quedó decepcionada desde la primera cucharada. Según la madre el daño fue enviado a través de su hija pero estaba dirigido a ella, que en su momento adoptó precauciones para protegerse y era inmune al poder destructor de las fuerzas desatadas. El mal reflejaba la envidia despertada por su belleza indeclinable al

desgaste del tiempo, lo bien que le marchaba al marido en el empleo, las reformas emprendidas en la casa y como ella era fuerte para ser atacada de frente, los envidiosos pensaron en la niña que estuvo enfermita siendo presa fácil.

Era así el recuerdo, marcada por el daño dirigido a su madre y quizá había filtrado un segundo frasquito para dar el asunto por terminado. Era probable -de considerar esta información relativa a traumatismos infantiles- lo incierto de sus secuelas y que lo sucedido durante la mañana que intento inventar resultó la apoteosis de aquello. Momento culminante del daño indirecto recibido en la niñez, forma retorcida del mal que incubó por años en un lugar del cuerpo, la cabeza, de sus pensamientos, en el vientre como el hijo durmiendo en paz. En lugar de salirle como feto muerto se concentró en la mano, gigantesco sabañón azul y en pulsiones reuniendo las fuerzas del daño retenidas.

En los primeros minutos después de haber matado mi prima está tranquila y es sorprendente. Una zona de su psiquis profunda conexas a condicionamientos prematuros se halla vaciada, la tragedia resultó catarsis de un mal vicario que al origen estaba destinado a su madre. Si fuera correcto sería consuelo insuficiente, de ahora en adelante nadie podría hacerle un daño y el niño deberá cuidarse solo. Tal vez asumiendo la condición de madre marcada, ella hizo a su vez el daño concretado, anticipándose a lo ineluctable, evitando orientarlo hacia el niño y lo destinó al hombre que pasa por ser padre de la criatura. Recién esta mañana concretó el acto para el que fue programada en la infancia por los resentidos de la familia. Simbólicamente era matar a la madre a quien le iba tan bien en

la vida, que se pavoneaba delante de los vecinos arrogante algunas veces y con soberbia las más, ostensible desprecio cuando se sabía en un día de plenitud insolente. Debe de ser eso, pues si tuviera que materializar el daño seguro lo destinaría al hijo. Ella no: estaba consagrada a que lo hiciera así, nunca lo deseó de manera ferviente y vivía convencida desde hace tiempo que su hijo es de otra mujer. Cuando se supone que lo parió mi prima claro que gritó pero no de dolor; gritó -me confesó- de puro gozo y ese secreto del que estaba avergonzada era su manera de entender que el daño seguía rondando.

Hoy Anastassia Lizavetta decidió dejar cerrada la ventana, le daría lástima despertarlo con estruendo. Se acerca a la cama a contemplarlo, se sienta en el borde del lecho, le acaricia el pelo y le pone una mano en el hombro sacudiéndolo un poco.

-Vamos que es hora, dijo y el muchachito comienza a despertar.

**Volví**a a estar sola en la vida como en la infancia, por ninguna de las razones de soledad quería interrogarse. A pesar de la persistencia del daño, ella resistió en buena madre mintiéndole al hijo que el padre salió temprano para el trabajo. Durante el desayuno –el hijo estaba cariñoso, parecía recién liberado de un trauma- se dijo que si estuviera bien y lo sucedido pudiera borrarse por milagro, ellos podían muy bien vivir juntos. Se contuvo evitando exagerar detalles domésticos, al comienzo se precipitó dejando todo listo y darse tiempo de madre e hijo para estar juntos compartiendo la mesa.

Los otros días el desayuno familiar es una intermitencia de breves trayectos hasta el grill, la heladera y el resumidero. un corte para pintarse los labios, cinco segundos volviendo al refrigerador y buscar jugo de pomelo, escuchar el reproche porque la camisa a rayitas azules está sin planchar, el recuerdo de que hay que comprar sin falta dos lamparitas lágrima para la luz del corredor. Anastassia Lizavetta vive los desayunos en el itinerario del espacio reducido e idéntico, nunca sentada durante el desayuno, nunca de pie y quieta, siempre en el permanente recordar detalles faltantes. Un referirse a las cosas por hacer a eso de las siete de la tarde - identro de doce horas! - como si fuera determinante. ¿Lamparita de cien watts, ochenta o cincuenta? Era indiferente el número de watts y resultaba una cantidad desmesurada de gestos que consumía la primera hora de cada día. Si -como se hacía en los inicios de la cadena industrial en Inglaterra- le conectaran en las manos dos lamparitas dejando traza de sus desplazamientos en una retina,

el resultado sería una gráfica loca. Danza de San Vito dibujando la esquizofrenia de su vida doméstica y preanuncio de lo que será el día que venía de comenzar.

Primero el deber de cumplir con sus hombres aunque el marido la ayudara y lo que venía luego lo tenía calculado. Tuvieron que pasar años para conquistar catorce minutos para ella sola, tan vitales que los contó como el tiempo de horno de una torta gallega. Después de varios años de vida en común, sabía que disponía de dos minutos pero nunca tres para pintarse los labios y aplicarse el delineador en las pestañas; así para las medias, gotas de colirio, decidir lo que se pondría. Salir a trabajar equivalía al alivio, la tranquilizaba ganar la calle y tomar el ómnibus al centro; sentirse extraña, esa desconocida a la que nadie pediría otra rebanada de pan tostado ni le preguntaría por calcetines negros con pintitas rojas. Nadie la adoctrinaría desde temprano sobre que debería dejar de fumar y bajar el volumen de la radio porque el hombre de la casa estaba harto de escuchar informaciones políticas de amanecer. ¡Como si sólo hubiera la política en el mundo!

Hoy se dio tiempo para quedarse sentada en la cocina y conversar, supongo que mi prima vivía esa mañana la euforia de quien se desembaraza del daño antiguo por la destrucción. Tiempo para hablar con el hijo, más de catorce minutos para preparar su salida y el día por delante siendo exagerado afirmar la vida por delante. Si bien la situación era absurda resultó más simple de lo esperado. ¿Por qué debía pasar por momentos terribles para tener algo de vida personal? Los días anteriores era imposible conversar sin prisa y menos pedirle una tregua al

ritmo de vida. Era absurdo vivir corriendo todo el santo día estando en el culo del mundo, vivir años mimando un modelo de sociedad desconocida y prisionera en las antípodas del Sistema. Tan metidos en la conciencia del día de hoy que olvidó si quería vivir como en Nueva York y Tokio, ni siquiera en los barrios de Londres que alguna vez se prometió visitar. Esta mañana el engaño era notorio, se le ocurrió que desde hace años su vida era imitación de la vida de alguien desconocido. Sería tonto que la locura del apuro cotidiano fuera iniciativa personal y de ser verdad menos valía la pena vivir aquí, recordando la lentitud sabida y con vergüenza de asumir la cadencia de ciudad provincial que parecía coherente.

Era suicida suponer que esa locura de autos, pluriempleo y consumo como si habitáramos el centro de Londres (mi prima utilizaba ejemplos asociados a Londres) lo hubiéramos decidido nosotros. El error de ubicación y su responsabilidad se le podía atribuir a la vaga excusa de la vida moderna. Ella tenía su nostalgia privada por una Montevideo concluida de cuando las calles adoquinadas insinuaban una carreta y los coreanos en guerra estaban sin tiempo para fabricar cuchillos de uso doméstico. Cadencia del día cuando había tiempo para llevar los hijos a la escuela y la vecindad alegaba la envidia de manera purísima mediante daños; no envidia del auto ni del departamento, otro tipo de envidia llevando hasta la ruindad de concebir y montar un comando de fuerzas destructoras, iniciativa premeditada procurando la muerte prematura y actos reñidos con las buenas costumbres. El tiempo de mi querida prima antes del daño, los pocos años en que fue alguien libre.

Durante el desayuno el niño estuvo encantador, es un buen chico y aprovechando que esta solo con la madre le confesó que tiene una novia en la escuela; en eso sale a la madre, recuerda mi prima. Ella supone que el daño aceleró su aspecto físico, la precocidad de detectar el daño, el mal entre los otros y estar desarrollada en las formas, la manera que tuvo de tener temprano un cuerpo de muchachita apetecible, exhalar un perfume erótico que enloquecía a los machos del entorno. Pienso en un medio tío, que hacía esfuerzos para esquivar cruzarse con ella a solas por la tentación; los compañeros de clase levantándole las polleras en el recreo, sospechando que ya era mujercita y queriendo manosear al secreto guardado apenas. Me recuerdo a mí mismo espiando los desnudos íntimos de la prima durante los meses de verano. El daño era estar siempre a la vista, sabiendo que cada paso que daba en la calle era como si los hombres la vieran desnuda; era inevitable, imposible simular ser la mujer que no era ni menos podía ser niña normal. Las tetas espléndidas gemían lo contrario bajo la blusa blanca, descubrió que debía aceptar ser la guacha a la que los hombres del entorno querían garchar, eso era lo que escuchaba al salir a la calle y en la misma cuadra de su casa. Me contó que fue la peluquera del barrio, una mujer casada con hijos grandes, que le dijo "mi nena" por primera vez mientras le lavaba el pelo y acercándole el vientre a la cabeza inclinada, luego le acarició el inicio de los senos hasta los pezones y mi prima la dejó hacer pensando que estaba intimidada. La situación era menos clara; quizá la dejó porque la peluquera fue más osada que los tipos miedosos que sólo se babeaban mirándola. Decía que las

mujeres son emprendedoras tratándose de la sensualidad y cuando me lo contó, como si yo fuera una vieja amiga, me asaltó una envidia rabiosa, la resignación irreversible de verme designado confidente de ciertos secretos, receptor de historias que deben reprimir cualquier deseo y satisfacerlo en soledad.



**Era** cuestión de tiempo, Anastassia Lizavetta terminaría cediendo ante las fuerzas de la naturaleza y la biología que empañan la conciencia social. Nadie querría ayudarla cuando llegaran, recuerdo que todos esperaban que mi prima comenzara a manifestar secuelas incontrollables, sintiera deseos vaginales sin palabras, que conociera como se comenta con hipocresía la verdad sobre la vida lo más pronto posible. Tampoco era lugar de recordar episodios juveniles, sumatoria de sucesos perturbadores y que alguna vez la avergonzaron; en algún momento mi prima creyó que el deseo ajeno quedaba atrás y había ganado el derecho al olvido por la llegada de otras responsabilidades. Fue cuando se llenó de planes de lecturas, compras para la casa y creyó en la secuela sanadora de proyectos inventándose una constelación de intereses. Teniendo por delante la tarea agotadora de la correcta educación de la descendencia le quedaba poco tiempo para pensar en lo otro.

Después de haber tenido el hijo ella cambió, en el carácter dulce le quedaban secuelas del orgullo de ser mujer con panza, tenía ante sí una tarea que la ennoblecía y a fuerza de entrega personal creyó que lo estaba logrando. La lógica voluntariosa esa mañana se partió sin explicación y por siempre; era falsa la maternidad como lo leyó en manuales optimistas, pasados los primeros tiempos incluso el hijo se transformaba en criatura hostil. Pensaba lo vivido como pérdida de tiempo, persistía en lo que era sumando el rencor de estar habitada por un calendario malgastado. Nadie puede decidir dejar de ser lo que es y menos argumentarlo con un marido que resultó desprovisto de

iniciativa, viviendo en un apartamento sofocante y en compañía de un hijo al que estaban criando como a un idiota. No se trataba del hecho insensato de matar porque eso ni siquiera se le pasó por la cabeza; era la simbología del gesto asumido que, si alguno de mis colegas estuviera al tanto, hubiera dicho que condensaba una serie de frustraciones reprimidas durante mucho tiempo. Ella sería un catálogo de pequeñas derrotas en un cuerpo de mujer que resultó ser el suyo; lo habitual: de haberlas aceptado resignada, el crucero hubiera navegado mejor en su existencia. Es fácil a la distancia enunciar esos himnos a la autenticidad de las personas; claro que las clausuró, cerrándolas una a una empezando por las más inocentes. Fueron acumulándose en algún lugar de su conciencia y ahora mi prima escuchaba la risa sarcástica de los fantasmas encerrados. Creía en los malos pensamientos como secuelas de un suceso traumático en la infancia. Esta mañana recordó como si fuera ayer, cuando la madre la llevó a liberarse del daño a la casa en penumbras de la viejita; pasaron años desde entonces y en la hora de evocación el niño estaría en la escuela. Era dudoso que esos enigmas fueran hereditarios, el daño es invisible al contrario del color del pelo y la manera de caminar. Las secuelas del rito morirían con ella, recordó que le quedaban pocos minutos libres y dado lo sucedido resultaba absurdo.

La rutina consistente en una distribución sofocante del tiempo matinal estalló en pedazos, bebió el café temprano con ganas de ir al baño, habitualmente tomaba café con el marido luego de que el niño se marchaba a la escuela. El marido legítimo seguía en la cama, allí quedaría el resto del día y de la eternidad. Hoy

dejaría de ser la esposa sumisa que lo despertaría, si el hombre se duerme y llega tarde al trabajo allá él. Está harta de supervisar detalles cuando el contrato familiar le impone que sea responsable de sobrados detalles. Anuló la extorsión de ser esposa permaneciendo atada a la convención de ser madre, dependencia sin soporte utilitario y económico arrasando iniciativas de libertad. De ser necesario podría vivir sola sin problemas de presupuesto, aún era seductora, hombre nunca faltaría y viviría con alegría las nuevas aventuras. Se sentía con fuerza de hacerlo y estaba pronta, si aguantaba la presión de avatares de una existencia más libre, era para que el nene tuviera un padre. El individuo que vivía con ella debía cubrir el equilibrio psicológico de la criatura, contribuir a estructurarlo los primeros años como decían las revistas en la peluquería. Podría salvarse, lo esencial era que durante los años de formación de la personalidad el nene tuviera una presencia paterna en el hogar -sostenía mi prima- como si fuera un psicoterapeuta infantil. Para la formación de la criatura, su abnegación y sacrificio era preferible a la mezquina negociación de la visita un domingo cada dos. Las negociaciones por vacaciones en julio, navidad y semana de turismo, cuchicheos para determinar el monto de la pensión alimenticia. Mi prima le desconfiaba a la eventualidad de continuas transacciones como pruebas de devoción siendo soterradas variaciones de la venganza; es una pesadilla inmerecida por los niños.

Anastassia Lizavetta tenía una compañera de trabajo que se quejaba de una situación similar entre irónica y dolorida. Con el marido se separaron creyendo ser civilizados porque dejaron de

soportarse, al punto de que esa constancia pesó más en la balanza afectiva que el temor de dejar a los hijos sin padre y resulta que -por entregas semanales de las criaturas, la exigencia de hacerles el menor daño posible, consejos de abogados y terapeutas- lo ve más que antes al ex; siendo raro el día que no hablen por teléfono por un punto de fiebre, el osito de peluche olvidado, un preocupante 6,5 en Geografía en el último escrito, que el nene se torció la mano y es tu culpa por obligarlo a hacer deporte, que la nena me gritó y eso es manía de tu nueva amiguita que podría ser tu hija, que hago esfuerzos durante la semana por mantenerlos bien y vos muy campante, en dos días, deconstruís mis planes. nada más que para joderme. Tengo claro que a vos los nenes te importan un carajo, pero qué digo si siempre fue así contigo... maldigo la hora en que te conocí.

Así cada día de cada semana, decía la prima suponiéndose a salvo de tales situaciones normales de la vida moderna.

**Esa** mañana era propicia al simulacro que distrae, jugar a lo que ella haría si estuviera divorciada. Está dispuesta a cualquier cosa con tal de que su hijo tenga un padre, que por el amor de dios nunca le falte esa imagen necesaria evitando una educación insuficiente, carente de uno entre los soportes capitales de la personalidad, el alimento paternal como fruta de estación y pescado fresco dos veces por semana. A ellas -se refiere a ella, sus hermanas y la pobre madre- el padre las abandonó sin importarle las consecuencias. Hasta en eso fue un hombre cruel, pudo abandonarlas cuando el daño podía simularse en una mentira. El maldito aguardó a que la del medio tuviera edad suficiente para reconocer el abandono, esperó que mi prima supiera lo que era un padre y repitiera su nombre afiebrada, que recordara la fecha de su cumpleaños y supiera lo que es extrañar al padre los domingos. Que viera sufrir a la madre por las injusticias de la vida y entendiera por qué los amigos de mamá se quedan a dormir en casa. Esperó a que ciertos regalos fueran parte medular de los recuerdos y su ausencia se interpusiera en la relación de mi prima con los hombres futuros. A que la muchacha entendiera el sentido de la palabra abandono (el perrito nos dejó, el pajarito subió al cielo, la tortuga Manuelita se fue de viaje, el pececito rojo fue llamado por Dios) para mandarse mudar. Desde entonces fueron pobres mujeres abandonadas sin fuerza para remediarlo y la envidia resultó corta como explicación. Anastassia Lizavetta recordó el sufrimiento materno y se juró -vano intento- impedir que se repita el trauma para su hijo.

Rememora parte de la infancia sin padre, las pullas hirientes de vecinitas sobre la ausencia del progenitor y sabe que una situación idéntica sería insoportable para su hijo. Dudaba si el marido era el padre del hijo y merecía ser el padre, si ella hubiera resuelto que ese hombre fuera el padre de su hijo; estaba decidida a que fuera El Padre y hoy ganó una trinchera más en la batalla. Era el último día sin tregua y con la rabia, fue tanta la presión temiendo el abandono que reprodujera el modelo suyo y la intensidad del combate sentimental, que decidió suprimirlo de forma radical. Mi prima estaba saturada del temor a caer en el chantaje del abandono acelerando la ruptura de manera violenta. Temía tanto la fuga de la figura paterna que prefirió alcanzar el estado de viuda, las viudas jóvenes son seductoras y misteriosas, vírgenes de la muerte aunque se trate de nuestra prima. Sería trágico evocarlo hoy, inconveniente incorporar al informe clarificando hechos turbios y mis propios fantasmas en relación a ella.

Ahora que el niño se marchó al colegio, como si se tratara de un día cualquiera y estaba a solas con el muerto, despierta desde temprano, imaginándose divorciada podía vivir la soledad de la mujer sin hombre fijo. Nada de llanto, más bien optimizar el día que se anuncia excepcional. Lo dejado atrás parece ajeno, depositado en un pasado que pudo ocurrirle a otra persona llamada como ella. Era preferible suponerse instalada en un día de divorciada antes de ingresar desde mañana, cuando volviera a despertarse, en la categoría de viuda, situación de mujer condicionada por la muerte del hombre y siendo ejemplo sobresaliente del poder machista. Habría que suprimir la

condición de viuda en los próximos planes de liberación feminista, sacarse la dependencia que trasciende la muerte impidiendo que el hombre siguiera ejerciendo su poder después de detenido el corazón. A partir de mañana con las ideas más claras intentaría algo, explicaría hasta quedar agotada el sentido del gesto que terminará por formular hoy mismo. El niño comprenderá, terminaría por entender lo ocurrido hace unos minutos en la familia, deberá vivir con el recuerdo que lo aguarda al final del día. El niño trataba al padre como si fuera el padrastro me decía mi prima; creo que eran justificaciones equivocadas, como sospechando de la legítima paternidad, intuición manifestada con la misma intensidad con que le dispensaba el cariño a ella.

Tanto venía de cambiar en la vida familiar desde hacía poco más de una hora, que mi prima decidió tomarse el día para ella. Un día de esos, como estando libre si el marido tuviera un buen empleo que le permitiera quedarse en casa, si con catorce años estuviera dispuesta a caminar la ciudad enorme donde vivía; quería recobrar las apetencias de conocer la capital yendo a la aventura de descubrir zonas. Hacer en un día laboral cosas que se reservan para los fines de semana, concretar visitas sorpresa que se deben por años. Hacía tanto, por ejemplo, que no visitaba a su hermana y conversar ellas dos a solas, hablar de cosas de ellas. Lo hacían cuando chicas, antes de que el padre las abandonara y todos murmuraran que se había ido a vivir con aquella, la nunca nombrada en la casa y evocación prohibida a la hora de las comidas. Los minutos pasaban. ¿Se había duchado? Creyó recordar que lo había hecho una segunda vez

esa mañana. Nunca le gustó salir sucia a la calle, si no se bañaba le parecía que la gente descubriría las suciedades de su cuerpo. Ese temor comenzó cuando una criada de la casa de al lado la besaba y lamía, "sos linda para acariciar" le susurraba una muchachota que apenas tenía unos años más que ella. Había que seguir viviendo con esos recuerdos de seducción impuesta y las duchas son insuficientes para borrar el recuerdo de la lengua dura y hurgadora, más que la de los muchachos que conoció en el liceo, que eran las vivencias intensas de su sexualidad infantil.

Eso estaba acabado en tanto recuerdo que pesa, hoy nada le hubiera importado salir a la calle con manchas de sangre en las manos, pensaba mi prima en el baño y frente al espejo, mientras se maquillaba en bombacha y corpiño. En esos minutos, bajando alternativamente los párpados y aplicando algo de color cavilaba sobre lo que se iba a poner como ropa. La radio informa que hará calor y habrá humedad ambiente, lo prudente será un vestido liviano y zapatos chatos. Tenía la intención de caminar bastante ese día y dadas las características de los sucesos ocurridos, considerando formalidades del futuro cercano quizá lo aconsejable era ponerse algo práctico. Quién sabe cuándo volvería a darse una ducha decente y con un jabón perfumado sin estar rodeada de detenidas. Lo pensaría más tarde, al menos que llamase a la policía y contara lo ocurrido, las horas podrían parecer normales hasta la noche y hasta mañana bien temprano. Ambos pensamientos eran contradictorios; la certeza de que lo hecho, incluso con la intención de ocultarlo tomaría estado público provocando un revuelo considerable. Sin embargo, era conciente de haber participado en algo normal, lo vivido parecía



normal. Si en las próximas horas lograba abrir un paréntesis mediante cierto pacto del olvido, lo sucedido podría ser entendido por otros y a pesar de la violencia del crimen en sus características, continuar una existencia normal. Normal en el entendimiento con ella misma: pensarse en viuda considerando lo hecho resultaría una actitud carente de imaginación. Soltera y divorciada claro que podría imaginarse sin esfuerzo.

El apartamento había ganado cierta calma, al menos ella lo percibía y finalmente era agradable el aspecto del piso del Parque Posadas a esas horas cuando se supone que ellos salieron de casa. Con orgullo matizado de revanchismo estaba dispuesta a aceptar la incidencia de los detalles de la ambientación, reivindicados de su entera responsabilidad. Con más dinero invertido en decoración el conjunto podría mejorarse, no era momento para quejarse ni pensar en lámparas de Artesanos Unidos. Una vez decidido que se pondría vestido, descarta los zapatos chatos optando por unos de taco mediano y cintitas como broche rodeando el talón. "Esos de putita" le comentó el marido cuando los compró; que lo exasperaron llevándolo a la ironía agresiva cuando se los vio puestos por primera vez. Nunca me gustó como la trataba en público de manera vulgar y autoritaria, con lascivia inapropiada a ser escuchada por los otros. Vestida así y acaso por revancha ella se gustaba.

Le recordaba a un novio que le había insinuado -así al pasar entre caricias- que sería bueno que se prostituyera, le dijo. Algunas amigas cuando ella comentó lo ocurrido, con sorpresa entendible y halagada le dijeron que el muchacho estaba jugando a la provocación: a mi prima le constaba que se lo había

propuesto de buena fe. Eso se sabe, ella lo amaba y más, era tanta la pasión física que estaba dispuesta a seguirlo en los planes de viaje. Él solía divagar sobre Ibiza en agosto y de la noche mediterránea infinita, las calas del norte donde podrían bañarse desnudos, la suposición de una nueva vida liberada al margen de costumbres burguesas reaccionarias, como le gustaba apostrofar al pretendiente. Ella me contó que el muchacho era osado al proyectar su ilusión, le faltó experiencia y maldad suficiente para convencerla, rigor para entramparla. Actuó con premura, desconsiderando el tiempo de maduración en la muchacha que su propuesta necesitaba. Nunca llegó a conocer la manera de pensar de mi prima, el pretendiente era chambón a pesar de que a ella se le notaba -como él lo intuyó- la predisposición a una vida disipada con sed de mundo y pasión. Estaba en lo cierto y hoy se definía la verdadera entidad de la aventura pronosticada como tentación de seducción.

Tanto la había marcado la insinuación, que podía recordar los argumentos utilizados entonces por el aprendiz de gigoló buscando convencerla. Mi prima recordaba el tiempo en que dudó para terminar en una respuesta negativa y deseaba poco convincente, quizá propiciando una segunda tentativa; lo mismo podría decirse sobre la fascinación sentida al verse en esa insólita situación. Simulada por la indignación casi obligada y el fastidio del novio al descubrir su error estratégico, comprendiendo lo cerca que pasó de sus propósitos, y ofensa sincera por la respuesta negativa cuando suponía estar bien encaminado. Ella quiso hacerme creer que se trataba de un plan de vida cierto que distinto, alternativo y riesgoso pero basado en

el amor, una variante del amor rechazada por la hipocresía de la sociedad. Claro que no insistí para preservarle un recuerdo que ella tenía por lisonjero. Es la única vez en que suponía cómo habría sido su vida de muchacha prostituida por su fiel enamorado. Anastassia Lizavetta intentaba imaginar la puesta en marcha efectiva de la situación de haber aceptado los términos del amor sometido a durísima prueba, contaba que pesó la alegría y puesta en funcionamiento del pacto. Incluso en razonamiento incomprensible en su momento me hizo participe de sus interrogantes, diciendo más de ella que de la situación fantaseada. ¿Qué tendría pensado el novio una vez admitida la idea y decidida ella a llevarla adelante? ¿Presentarla a los amigos, hacerla circular por bares del centro a la hora que cierran las oficinas, sentarla en un banco cerca de la parada de taxis en la plaza Libertad, mandarla con una minifalda y las tetas al aire a las palmeras de Bulevar, llevarla sin transición a un prostíbulo de San José para que en pocos días aprenda los rigores de oficio y la decepción ante la vida? ¿Cómo los recibiría a ella con billetes ganados al retorno del primer día de putear para él? ¿Una vez metidos en la cama cogerían como si tal cosa? ¿Pediría detalles sobre los clientes o él se conformaría con un silencio sórdido mientras contaba billetes? A pesar de la brutalidad de la propuesta, mi prima sintió algo de ternura oyéndolo insistir con tanta ilusión en un proyecto que él suponía limpio y perfecto. La vida de gigoló monogámico era difícil de sobrellevar, ella conocía al muchacho, al menos lo suponía hasta que le presentó la propuesta con naturalidad desarmante; él llegaría -no con mi prima pero si con otras- a realizar lo que

parecía una sincera vocación y llamado al sacrificio. Podría alcanzar la crueldad necesaria con el correr del tiempo, pero era tan sensible –al decir de ella- que terminaría sufriendo y al escucharla hice como si hubiera creído.

Así se paseaba ella por el departamento con los zapatos de medio taco, jugando a que se había emputecido por amor. Intentando salir en vano de la vía equivocada, alcanzando la certeza de un único destino y suponiendo –como si pudiera inventarse así como así otra vida de un día para otro- que había llegado a la casa de uno de sus clientes habituales adicto de jueguitos inconvenientes. Es también mi primera tentativa de ficción forzada en el dispositivo. Un entretenimiento permitiendo la escritura retrasando lo insoportable de la verdad y como si existiera una versión definitiva. Eso lo puedo asociar. Mi prima imaginó ser esposa indignada, ama de casa carcomida por la rutina, abatida por lo invisible y viviendo un momento de locura. Imaginaba lo que hubiera sido de su cuerpo de haber cedido a las proposiciones del muchacho y que le hubieran impedido ser una asesina. Jugaba a que había aceptado por amor sin perder de vista que era tarde.

**Pasados** varios años de aquella osada invitación al riesgo y acariciar la dulce felicidad Balear, de aceptar la oferta en otra vida Anastassia Lizavetta era mujer tomando su destino en mano. Lo que suponía insistir en ese camino tan suyo del oficio, viniendo a la casa del cliente que paga adelantado por la debilidad de que ella se quede toda la noche y haga aquello. Nada de reflexionar sobre el vestido que se pondría para salir, era cuestión resuelta ayer al consultar la agenda, antes de venir a la casa del cliente habitual. Si se aplicaba a matar a todos sus clientes a domicilio, como una vez imaginó para salir del círculo, pronto debería volver con sus pocos petates a la cárcel de mujeres, terminar su historia y vieja en los prostíbulos de Concordia, del otro lado del río. Sí y no, cambio de secuencia, decisiones que modifican la historia de una vida. ¿Era el cliente que le pidió que si, como cada quince días era ella que se levantaba temprano y llamaba al trabajo para avisar que llegaría tarde? Ella podría decir que era la esposa del cliente, llamaba porque el señor tal se sentía mal, pasaría de camino por la urgencia y llegaría más tarde a la oficina.

De cualquier manera ella sí debería telefonar a OCA y avisar que hoy faltaría al trabajo. Diría una mentira, hasta podría agregar que ella hoy había trabajado ordenando la casa; estaba agotada por un imprevisto familiar y tenía ganas de visitar a la hermana mayor. Beneficios de ser empleada puntual cumplidora podría llamar a OCA diciendo que estaba enferma y sería creída. Mi prima desistió, decir enferma recuerda hospitales y sanatorios, acucia la inspección. Lo mejor era anunciar que

estaba indispuesta, indispuesta está cerca de la verdad y suena menos a mentira, sin obligar a justificar la causa de la indisposición. Enfermedad sí, se está siempre enfermo de algo y que el otro puede llegar a entender. Indispuesta tiene insinuación de intimidad femenina, que incluso para el gerente hijo de puta y perverso, sabedor de que ella es una funcionaria cumplidora resulta con aura convincente. Evitará molestias por unos días, antes de indignarse por la noticia y decirles a los subalternos "ya me parecía... siempre advertí algo raro en esa mujer". Dolor de cabeza evoca aspirinas, desarreglos ginecológicos que se niega a sugerir. La indisponibilidad tiene la virtud de ser algo pasajero e incierto de formular, es a plazo fijo y sacude la voluntad. Uno nunca sabe cuando terminará saliendo de la enfermedad pero quiere salir y rápido de la condición de estar indispuerto, afecta menos a la medicina laboral. Como yo ahora, que habiendo narrado el episodio fundador que justifica mi tarea en un ámbito que parece embrujado estoy indispuerto de escritura.

Ella llamó al trabajo sin dejar traslucir en su tono el drama que venía de vivir. La farsa funcionó, hasta se asustó mi prima de la convicción demostrada habida cuenta de la gravedad de los hechos ocurridos. Tampoco fue para tanto, ella nunca fue imprescindible en el funcionamiento de OCA y se arreglarían en la recepción personalizada de pedidos de crédito. Mi prima podía contar con el eficaz sistema de la tapadera puesta en funcionamiento entre muchachas del segundo turno, un principio de solidaridad encubriéndolas en caso de necesidad. Ella misma tapó a compañeras en situaciones de las cuales estaba

avergonzada y eso era lo de menos. Ahora era su turno, escamoteando una acción que a decir verdad desbordaba los límites; generalmente se trataba de salidas imprevistas para compras, adulterios duraderos, trámites ante la administración pública. ¿Cuáles entre las compañeras estarían dispuestas a mentir su situación frente a la gerencia si hubiera declarado la causa verdadera de la indisposición? Mi prima estaba decidida a organizar la agenda sustitutiva de emergencia, especial y accidental. Claridad del plan, sueño realizado y momento de locura dispusieron desde el amanecer el día de otra manera a los días anteriores. El resto de la vida arrastraría las secuelas de la indisposición evocada, menos pasajera de lo insinuado a la telefonista de OCA, a la que hay que tapar su afición a las carreras de caballos. Se trataba de proyectarse en otra dirección, sentía a cada minuto que debía salir cuanto antes del departamento y hacerlo devenía urgente.

Aguantar sin respirar al salir de la casa, soportar el gesto de cerrar la puerta y esperar el ascensor que está siempre el en último piso. Podía bajar por las escaleras, el tiempo de hacer el viaje breve rogando que no venga en la cabina un vecino de los pisos superiores, salvar los últimos escalones antes de salir a la verdad vereda. Luego el esfuerzo supletivo de salir del área urbana que delimita el conjunto del Parque Posadas, si fuera posible alcanzarlo sin sucumbir en el intento; recién entonces mi prima se sentiría mejor y podría dirigirse al barrio donde vive la hermana. Sin casi percatarse estaba pronta para salir, las cosas desarregladas las dejaría para cuando volviera, seguro que regresaría al departamento aunque demorara quince años en

hacerlo o algunas horas. Al salir casi se olvida de las luces, le molestaba dejar las luces del departamento encendidas, para cerciorarse abrió la puerta del dormitorio sin atreverse a encender la luz del techo.

Sobre la cama había una mancha oscura reconocible, no se distinguían colores deslavados y la asaltó un olor de algo fuera de lugar en el orden del mundo, como si alguien hubiera dejado abierto un bollón de salsa después de varios días, un olor repugnante de algo con carne picada que se pudre. Anastassia Lizavetta se negaba a entrar en pormenores cuando algo le desagradaba, era su costumbre.

-Salgo, dijo en tono de voz que parecía normal y cerró la puerta con picaporte.

Nadie contestó del lado de adentro y el olor quedó encerrado sin escapatoria.



**Estando** en la calle, recién en ese instante vestida y respirando otro aire Anastassia Lizavetta se percató de que arrastraba el carrito de la compra. Se lo apropió en algún minuto olvidado entre la puerta del dormitorio y la del ascensor –raro eso del carrito recuperado, que solía guardarlo plegado en la cocina-, fue como si algo que pudo ser remordimiento o sentido de ironía epilodal, le recordara que antes de matar al conyugue a cuchilladas fue una buena ama de casa. El viaje en ascensor resultó una breve ilusión, el ruido mecánico parecía retrotraerla al tiempo previo del gesto absoluto. Inicio consciente del día comenzando cuando lo horrible era inconcebible, ubicado entre pesadillas en un futuro remotísimo por improbable y salir a la calle con el carrito después de lo ocurrido quisiera decir: no pretendía matar, lo que en verdad quería era ser una buena ama de casa. Miren, si hasta me preocupo de salir con carrito. Eso lo abogarían con razones convincentes cualquier psiquiatra consultante, yo mismo venido el caso si no se tratara de evaluar a mi querida prima. Sería superfluo especular al respecto y más simple podría resultar la deducción del sentido común. El carrito demostraba que este jueves -a pesar del crimen- era similar al pasado o a jueves anteriores. Entrando en interpretaciones elaboradas, probaba que una era la órbita del deseo (matar al marido de varias puñaladas) y otra distinta donde ella actúa con sentido familiar: salir a la calle como si nada y hacer la compra, sin otro conflicto que el supuesto en la distribución de tareas domésticas compartidas.

Una vez en la vereda, a pesar de lo hecho en un tiempo que debió pertenecer al sueño ella quiso actuar como habitualmente. Anastassia Lizavetta hacía la compra durante la semana antes de ir a trabajar a OCA, claro que eso era antes; luego que se organizó en tiempos de trabajo, mi prima compraba los sábados de mañana temprano. Si la semana hubiera sido normal sin interrupciones trágicas ella haría la compra el sábado, pasado mañana, la astucia de la indisponibilidad evocada le permitía hacerla el jueves. Los jueves el mercado es más barato y los vendedores amables, hay menos clientes esperando en los puestos. La feria era la compra de fruta fresca y verdura para las ensaladas; desde pequeña le agradaba el bullicio de la feria armándose, las maniobras de camiones en marcha atrás, ruido de hierros sosteniendo los toldos, entrechocar de cajones con mercadería recién llegada del mercado Central, voces de feriantes en falsete ofertando cuando la demanda declina. La gente discutiendo precios, le hacía pensar en mercados enormes de países orientales entrevistados en la imaginación; sentía hoy que el gentío la miraba con insistencia y era una sensación debida a ella misma. Ellos nada podían saber, siendo tarde para regresar al departamento con el carrito vacío algo la impulsaba, debía avanzar los doscientos metros separándola de los primeros puestos y balanzas. Temía estar mal vestida, que la rutina (sobre la que hasta hoy no invirtió la debida atención) hubiera condicionado el guardarropa adoptado. Apenas se observó en el reflejo de la primera vidriera que cruzó. supo que estaba vestida para ir a visitar a la hermana y que así vestida bien podría llegar

hasta el mercadito, al corredor de puestos sin que nadie reparara en ella.

Alcanzada la seguridad leve y determinante del aspecto mi prima se detuvo, abrió el bolso que llevaba colgado del brazo derecho, sacó el monedero y verificó si tenía cambio y efectivo. Había lo suficiente por si tuviera que armar una coartada, tiene detrás de las fotos del hijo y del marido, un billete de cien pesos plegado, más otro de veinte dólares por si hay una urgencia, que podía ser el caso hoy. El billete norteamericano lo llevaba en la cartera por las dudas, tradicional medida de protección igual que la ropa interior limpia en caso de un accidente en la vía pública, el accidente evocado en la infancia. Por entonces salía con miedo, sabiendo que tenía la ropa interior algo sucia -no mucho porque fue siempre limpita-, tratando de evitar cruzar la calle por el miedo a que la atropellara un auto. Había algo más temido que el accidente, era que alguien pasara por ahí y dijera, viendo su cuerpo inerte en el pavimento esperando la ambulancia, "mirá, mirá... tiene la bombacha sucia."

Hacer la compra hoy era tener un proyecto después de lo irreversible, elegir tres tomates tenía sentido aunque parecía asociado a otra vida olvidada. Luego de lo vivido y lo hecho con sus manos, de concretar lo deseado sin estar dispuesta a admitirlo y jamás traducido a la palabra, el futuro era el nubarrón anunciando tormenta sin ser viento. Sólo lluvia y temporal, nube sucia como ropa íntima de la desconocida del cuento escuchado en la infancia, la mujer atropellada por el tranvía tirado por caballos. Decir cinco manzanas era tener un proyecto sublime y un ramito de perejil pensar algo preciso anexado a la utopía

presentada “cena de mañana”. Comprar lentejas y la acción de recibir monedas de vuelto, era tener presente la totalidad del proceso de la existencia, desde el instante de tocar morrones amarillos en la feria hasta tirar semillas a la basura. Mi prima tenía, saliendo a la vereda después de haber matado la idea fija de ir hasta la casa de la hermana. En ese acto de llegar a los primeros puestos de la feria realizó un esfuerzo considerable, proyectando sus pensamientos al otro día, hasta convencerse de que si la vida tenía un objetivo respetable era la cena de mañana. ¿Quién estaría a la mesa en esa cena del viernes a la noche? Aunque haya sido un sueño de pepinos, berros y berenjenas, ella soñaba la entrada del marido al salón comedor luego de haberse lavado las manos. Dispuesto a desplazar las sillas para poder pasar, viviéndolo con normalidad y mostrando la marca grotesca de las cuchilladas recibidas en la cama mientras dormía, tajos cicatrizados en costurones de veinticuatro horas. Allí estaba él, dirigiéndose a ella sin reproches por su nuevo estado, heridas que no resultaron mortales. Habiendo sido infligidas durante una pesadilla eran visibles para ella, que no sentía llegar ni el asomo de remordimiento al corazón. En el cuerpo rememorado del marido asesinado mi prima leía con claridad las laceraciones que le quiso hacer y de las que nunca tuvo conciencia.

A la entrada peatonal de la feria era dificultoso considerar detalles de la cena para mañana. ¿Bifes a la portuguesa, carne al horno acompañada de arroz a la cubana, trocitos de pollo a la crema, lenguado con alcaparras, ravioles salsa carbonada? Ella diría que se le hizo un nudo en la garganta y deben ser los

nervios sobrecargados. Está agotada, hizo bien en faltar al trabajo tomándose el día para ella, "el día mío" pensaría mi prima. En esos minutos se sentía una vecina de otra Torre y del jueves que viene, a la que el puestero -al caso la mujer de la pescadería- mientras vaciaba vísceras de corvinas negras a velocidad desconcertante, le chismearía la locura de una mujer de la Torre L que apuñaló al marido, esgrimiendo su cuchillo profesional afilado para enfatizar la anécdota. "Pero qué horror" hubiera replicado mi prima mintiendo, antes de preguntarle a la encargada de la pescadería por detalles de lo ocurrido la semana pasada y que la manía de contar adulteró al infinito. En la secuencia de la vendedora estaría el espanto del descubrimiento y para mi prima el deseo de escuchar la versión de boca de la propia infeliz. Ese asunto del relato posterior nunca nadie lo considera, pasada la sorpresa buscada mi prima volvería a atender sus problemas. Continuar adelante con la compra de los productos de la huerta antes que, sobre los mostradores de madera, sólo quede mercadería de tercera categoría. ¿Pero qué pudo haber llevado a la vecina de la Torre L a tomar tal terrible iniciativa? Por más esfuerzos intentados era imposible ponerse en su lugar y menos hallar una explicación valedera cercana a la verdad. ¿Indisposición pasajera del espíritu? Era poco para entender la gravedad de lo sucedido si nos atenemos a la versión de la mujer de la pescadería. ¿Rapto de locura súbita? Demasiado sencillo para explicar lo que por el resultado revelado en la autopsia aparece como inexplicable; en tales casos es preferible acceder pronto al misterio.

Es lo aconsejable, por eso esta noche dejaré de cenar, siguiendo con la escritura alucinante que se vuelve difícil al tratar de entender. Cuando se agotan posibilidades primeras e hipótesis osadas, lo aconsejable es parapetarse en el misterio de designios divinos, la manera popular de denominar lo inexplicable. La semana próxima, el jueves que viene, es decir en la próxima instalación de la feria en las cercanías del Parque Posadas, se conocerán pormenores sórdidos de lo sucedido en la Torre L. Lo hecho por la insospechada vecina que todos reconocerán por la foto publicada en la prensa y agregados debidos a la imaginación popular. La verdad huidiza se fusionará con el misterio de lo inexacto, de chica sufrió mucho, era sabido que el marido la maltrataba, había en la familia antecedentes de locura súbita, curiosas derivaciones de las pruebas de amor. Una anomalía de falsedades se sumaría con saña a la verdad inasible que condicionó a mi querida prima. Cuando las vecinas supieran lo sucedido, se horrorizarían como ella lo está ahora que lo sabe y tiene el retiro al menos de haber abandonado el departamento. No habrá otro tema en la zona durante semanas ni se hablará de otra cosa en las zapaterías y el café de la plaza. El jueves que viene los feriantes fantasiosos harán los mejores negocios combinando perejil y heridas. algunos puesteros basarían su efímero suceso declarando tener un conocimiento de la fulana en cuestión, rebautizada para la ocasión la loca del cuchillo coreano. Otros dirán que conocían por dentro el departamento de la masacre por haber llevado pedidos "más de una vez" y afirmando que aquello era una orgía de sangre. Los puesteros privados de la vivencia directa de la escena del

crimen, evocarán un pariente cercano en Jefatura, insinuarán estar al tanto de las primeras declaraciones de la homicida y los vendedores lentos se conformarán con la retórica de suposiciones. Entre escepticismo y deducciones sin verificar avanzarán un comentario crítico de informaciones fragmentadas de prensa y rumores, tratarán de mantener el suspenso hasta la semana entrante a manera de folletín con puntos suspensivos.

**La** marea de palabras usadas crecería a partir de pasado mañana y haría furor en la feria mayor del sábado. A pesar de haber ocurrido hoy el hecho devastador ella podría hacer las compras tranquila, excepto un accidente de tren en la India o la muerte de un artista famoso por sobredosis los temas de conversación con los feriantes se repetirían. Mi prima desestimó hacer la compra, dijo que fue como si el carrito se hubiera aferrado a su mano negándose a quedar encerrado en el departamento con el marido muerto y el cuchillo coreano tirado en la moqueta. Dar media vuelta hubiera sido sospechoso aunque nadie se hubiera percatado de su llegada, salvo un feriante que en ese momento estuviera sin clientes para atender. Lo prudente era continuar como si nada, hacer pronto algunas compras, mostrarse, dejarse ver, confundirse con el mundo.

Debería evitar el puesto de quesos y mermeladas, un camioncito convertido en tienda. El muchacho que lo lleva es simpático, de izquierda combativa y lo reivindica con énfasis durante la mañana; a la prima le agrada su conversación. Mantiene el entusiasmo original y la indignación, sentimientos para los que ella carece de voluntad y paciencia, el quesero milita en un comité de base de Canelones, es lector devoto de Brecha cada jueves y tiene información interesante sobre corrillos del Palacio Legislativo, juntas municipales capitalinas que lo sulfuran, sobre la marcha del país y de Latinoamérica en general. Apenas cruzadas dos palabras el quesero captaría que algo marcha mal, ella deberá impedir durante las primeras horas posteriores a la tragedia que alguien le pregunte ¿le pasa algo



señora? Rompería a llorar y contaría lo ocurrido. Casi nunca mintió, está muy sensible, es normal y seguro que tendría una reacción de chiquilina confesando la falta que avergüenza. Sería injusto perturbar al quesero tan simpático, que vota a la izquierda y lo reivindica entre hormas gruyere valdense, ponerlo en la incómoda situación de ser el primero en reaccionar a su primera versión en caliente de los hechos. La historia del horror que desde esa mañana y para siempre quedará asociada a los rasgos de mi querida prima. Ella no quiere decepcionar al lector adicto de las notas políticas de Brecha, que tanta confianza tiene en un mañana radiante de justicia y equidad.

Gestionando sus primeras reacciones ante el mundo ella irá hasta los puestos de gente menos comunicativa, esa que luego de cinco años de trato semanal reacciona como si les comprara por primera vez y jamás preguntan cómo pasó la semana ni equivocados, incapaces de decir doña que le sirvo y hasta la semana que viene vecina. La primera de las antipáticas es una mujer terrosa y seca, sólo vende papas, ni siquiera trae al puesto algunos boniatos deformes que daría a la oferta variación, un toque raquíptico de color. La mujer llega a la feria con un cargamento de papas, parece que viniera de arrancarlas de la tierra, siempre las ofrece sucias y desde el primer día tiene el mismo delantal. La papera antipática, la papisa como dice el marido -quiero decir decía- no tiene consideración por el pasaje del tiempo en ninguna estación del año ni piedad por los desfavorecidos que llegan tarde a la feria a buscar restos podridos. La papisa como decía el marido de mi prima cuando vivía, llega bien temprano moviéndose de manera brutal dando

a entender que desprecia la conversación, coloca una enorme pizarra a la vista, tirada sobre las papas, y escribe en grandes caracteres de casi analfabeta: papa tanto el kilo, eso es todo. La cifra permanece incambiada aunque queden cinco papas escuálidas sobre el mostrador o una montaña de tubérculos excepcionales. Cuando llega la hora de irse se va sin borrar el tanto el kilo de papa, sin dejar algunas por el suelo para los miserables que vienen a hurgar las sobras. Esa mujer tampoco cambiaría de expresión si Anastassia Lizavetta le comprara dos papas o llevara todo el cargamento, nada se cuestionaría ni notaría en la transacción algo excepcional. Así ocurrió, mi prima dijo apenas cinco kilos sin anteponer un buenos días, la mujer pareció agradecida por la parquedad de la clienta, tener la oportunidad de manipular con el platillo de la balanza lleno hasta la brutalidad y sin abrir la boca. Apenas con los ojos la papisa ordenó abrir la cubierta del carrito, se acercó sin importarle que oliera mal y dejó caer las papas con estruendo, del fondo del carrito surgió una polvareda como si faltara un fondo de lona y las papas hubieran caído sobre tierra yerma y reseca, de otro color al de la sangre que pudo haber visto si más temprano hubiera levantado la persiana del dormitorio. Con la papisa ni hacía falta preguntar cuánto era, la mujer suponía que el cliente había hecho el cálculo y pagaría de preferencia con la cantidad justa para no recibir de cambio billetes inmundos, que la mujer sacaba de alguna parte de la pollera, en tal estado que antes de tener que pagar aunque fuera un boleto con uno de esos billetes, era preferible tirarlo. A la mujer la fastidiaba manipular con monedas, poner las manos en otra cosa además de papas

arrancadas de la tierra. Los otros vendedores sabrían que mi prima había comprado viéndola tirar del carro con mercadería en el interior, aunque poco valiera pues se trataba de papas. La polvareda ensució el carrito, mi prima tenía restos de polvillo en la pollera, quiso sacudirse la tierra pero estaba pegada, atraída por una materia pegajosa que le hizo pensar en sangre coagulada. Era lastimosa y deprimente la tentativa con la papisa.

Debía hacer algo gratificante yendo al puesto de la mujer frutera; es cierto que habla poco, a primera vista parece vulgar y se maquilla para trabajar como si fuera a un baile de gala. De otra manera que la papisa le intriga el misterio sugerido de esa mujer; mi prima suponía que entre trámites del mercado siendo noche cerrada y la instalación del puesto del Parque Posadas se tomaba media hora para ella delante del espejo. Moviendo los dedos con pericia, eligiendo productos adecuados Estee Lauder para acicalarse hasta transfigurarse en la más bella del baile de la huerta. Una buena base disimulando signos del madrugón, alargador de cejas importado, azul de párpados y bermellones intensos para los labios, detalles que recordaban a una folklórica española de gira por las capitales del Plata. Así estaba esperando a los vecinos en su puesto, invierno y verano, la muñeca inflable la llamaba el finado marido, mi prima decía que era una broma injusta y machista. La frutera demostraba que había una vida después de la feria vecinal, esa mujer hacía saber que luego de cajones, cuentas de manzanas verdes, pomelos rosados y uvas moscatel tenía una cita romántica. Su aspecto insinuaba que había encontrado al hombre de su vida y vería el teleteatro de las quince, como si fuera la hermana gemela perdida de la

protagonista, la enfermita de los pulmones. En medio de la depresión de mañanas otoñales y caras a medio despertar de feriantes, demostrando que la feria es tarea sacrificada, la mujer de las frutas era diferente. Su estilo de atender se definía por la corrección distante sin alcanzar la indiferencia: usted es mi cliente y lo atiende bien, disculpe si evito extenderme dándole charla, luego de levantar el puesto tengo un encuentro íntimo más importante que su compra y humores matinales. A la frutera se la ubicaba desde lejos, era un imán para las miradas y trabajaba mucho; los paseantes necesitaban pasar por el puesto de la mujer coqueta, más si estaban obligados a detenerse ante el puesto de las papas confrontándose un par de minutos con la telúrica bárbara. Viéndola de cerca Anastassia Lizavetta tuvo la remota esperanza de que hoy podía ser un día como otro cualquiera, los labios rojos cereza de la frutera, su promesa de salir al encuentro posterior con su pasión secreta, pudieron que por algunos segundos mi prima olvidase lo sucedido hace un par de horas o lo que ella deseó que hubiera sucedido.

Quería cubrir el crimen con la tierra de las papas, con la piel áspera y solar de las naranjas. A la frutera le incitó la curiosidad la cantidad de naranjas compradas, mi prima comentó que el sábado estaría retenida por complicaciones familiares. Habló del cumpleaños del hijo de alguien en la Torre L y la frutera ni pidió explicaciones, estaba urgida por un encuentro que sucedería luego de plegar el delantal. Las compras de la semana y vida estaban hechas, con el paso de los años mi prima se volvió mujer organizada.



**La** fuerza interior que la obligó a salir a la calle con el carrito se calmó siendo inconcebible retornar al departamento. Anastassia Lizavetta se prometió, entre el puesto de la papisa y la muñeca inflable, nunca más subir al ascensor cuyo ruido la habitaría hasta morir y menos bajar las escaleras de la Torre L. ¿Cómo podría dispensarse de la reconstrucción minuciosa del crimen, rodeada de testigos, curiosos, oficiales, funcionarios judiciales y periodistas ansiosos de ver los movimientos de la Hiena del Posadas? El carrito pesaba, se diría que adentro llevaba el cuerpo del marido cortado en trocitos; debió enfrentar la cuestión de qué hacer con el carrito de la compra, a nadie se lo podía llevar para que se lo cuidaran unos minutos. La mañana avanzaba, los feriantes tenían los músculos proyectados al levantar los puestos; menos se trataba de abandonarlo en el medio de la calle, de un lado y otro la llamarían para advertirle: "señora, señora, se olvida del carrito y se lo pueden robar".

En la situación presente necesitaba ser inventiva a cada segundo que pasaba pues el universo era distinto. Desde que se despertó con aquel ruido de ascensor incrustado en la cabeza, hacía gestos inhabituales y debía continuar imperativamente con la cadencia. Imposible recuperar la mujer que fue, la que anoche calentó arvejas con manteca en una cacerolita para acompañar churrascos a la plancha, aunque pudo haber sido puré instantáneo. Lo diferente era la circunstancia palpable y mi prima estaba tranquila considerando lo ocurrido. Algo invisible guiaba sus movimientos desde hace horas, un ángel de la guarda, el suyo, tardó en manifestarse dando así el tamaño de

lo ocurrido en el dormitorio, resolvió protegerla obedeciendo órdenes superiores. Decidido a que los problemas a que fuera confrontada mi prima luego de aquello innombrable, hallaran solución apropiada. Una voz celestial y dulce que nunca antes escuchó le decía "ahora tienes que hacer eso y luego lo otro y después lo de más allá". Si el pasado era inmodificable podría intentar salvar el alma con gestos de contrición y arrepentimiento sincero, manifestado desde las primeras horas del pecado salvando el prestigio del Creador. Era probable, sin ser católica practicante mi prima fue bautizada y había tomado la primera comunión.

¿Dónde estaban esas voces prudentes cuando las vecinas envidiosas del barrio de la infancia la eligieron por objetivo para lanzar el daño? Por primera vez el cielo se acordaba de ella amparándola de la tentación del infierno, recién hoy y luego de treinta años de vida difícil se percataban -allá arriba- de su existencia. Era menester alcanzar el horror, para que el Todopoderoso recuerde la existencia de criaturas confundidas por reacciones humanas. Había en el procedimiento igual algo de profundamente injusto en prioridad para la memoria del marido. Mi prima apenas entrevió al enviado celestial flotando entre luminosidad y humos celestes. Escuchó, me dijo, la voz de algo que sólo podía ser ángel de la sección custodia, probablemente el suyo, ángel asignado que le recordó la voz del queso hablando en nombre de los pobres del mundo y su bienaventuranza terrenal saliendo del camioncito. Esa voz -tenía que ser de ángel en la variante de la guarda- hablaba disculpándose por haberla dejado esta mañana expuesta al libre

albedrío y quería salvarla; tampoco había excesiva convicción en voces que parecían habitarla e irrumpiendo en tenderetes de feria vecinal. Voces confundiéndose con el ruido del ascensor del comienzo, como si los ángeles de la guarda tuvieran alas mecánicas chirriantes por falta de aceite.

De pronto, el carro de la compra pareció tener alas y la carga le pareció liviana, se sintió limpia y ligera traspasada por una luz liberadora. Así fue la anunciación del arcángel Gabriel según la instruyeron al adoctrinarla para la primera comunión, entre jazmines de intenso perfume e íconos recordando escenas de pintores olvidados. Desde entonces, Anastassia Lizavetta hizo esfuerzos para comunicarse con el otro lado sin resultado; terminó por renunciar, esta mañana presumía ser indigna de todo buen tratamiento y que a su llamado los ángeles responderían a coro "no, no, no, ella no que tiene la bombacha sucia, ña, ña, ña... ella no que tiene la bombacha sucia." El trayecto al cielo eterno está adoquinado de buenas intenciones.

La voz escuchada después de comprar naranjas, voz que según mi querida prima tal vez no venía por ella, sino que se trataba de ángeles expedidos para asistir el alma del marido, convencida de que el crimen arcaico despertó allá arriba alarma general digna de cuartelillo de bomberos, se dirigía directamente al pensamiento. La voz tentaba guiarla en momentos de duda y perplejidad para el espíritu, que eran cada minuto que se sumaba. Sus convicciones subían a la espiritualidad y descendían hasta subsuelos de la condición humana de manera incesante, el alma humana es ascensor descompuesto pensaba ella. Mi prima tampoco entendió al principio lo de la voz y fue



por la sorpresa, estaba convencida de que las primera palabras fueron un conciliador "hija mía" y que en su caso podía resultar contraproducente. Lo claro del primer mensaje fue lo relativo a Tienda Inglesa; el ángel de la guarda llegado a toda velocidad y acaso la voz débil debida a la fatiga del largo viaje, sin ocultar la condición urgente del asunto desbordando sus capacidades de asimilación y respuesta, le aconsejaba dirigirse sin demora a la nave central del supermercado más próximo al lugar de los hechos.

**En** un tiempo pretérito, la palabra de ángeles afectados al departamento de la guarda aconsejaba ir a la iglesia tras agua bendita, imágenes santas y la escucha del párroco; por el contrario, ahora sucede que el Supremo es un anagrama oculto en góndolas de supermercado. La salvación, en su defecto la condenación eterna, puede estar dispuesta entre fetas de jamón desgrasado envasadas al vacío, la botella plástica de dos litros de agua mineral, un paquete de seis panes de Viena de panadería Los Sorchantes, tallarines al huevo con fecha de perención el último domingo del mes. Era lo que ella comprendió avanzando, guiada por una voz hacia Tienda Inglesa; qué mejor lugar para abandonar el carrito cargado de naranjas y papas que la entrada del supermercado, asociado por el nombre a frustraciones londinenses. Podría dejarlo allí durante horas sin provocar reacciones de la gente, alguien terminaría por avisar aunque más probable fuera que se lo llevara antes de insultar la mala racha por el magro botín.

Contrariamente a lo supuesto la escena se deslizaba sin inconvenientes, de acuerdo a movimientos previsibles. El futuro inmediato era diáfano a medida que avanzaba la mañana del horror doméstico, claro que estaba la voz a ti debida querida prima y recién llegada de la Gracia en servicio, pero una vez dentro del supermercado el caos del mundo parecía resuelto y ordenado. Cuerpo y alma hallaban allí el sentido de itinerario desalojando presunciones desesperadas y cualquier insinuación de angustia, como si de un anuncio de oferta especial se tratara. Mi prima dejó el carrito en la entrada de Tienda Inglesa

confundiéndolo con otros; ese simple gesto, inducido por una voz que se ocupaba de su serenidad, la distanciaba del peso de la culpa, algo turbio y maligno para el alma e impreciso. Creciendo en ella desde el despertar y aunque debiera luchar contra el temor de nunca más poder dormirse. Dudó si sacaría uno de la fila ordenada de carritos repitiendo el suplicio de apéndices metálicos. Optó por una canastita de plástico verde y se dedicó a pasear por rincones del fondo del salón cerca de cárnicos y lácteos, haciendo ver que buscaba tomándose su tiempo; en eso, mi prima se impacientó. El ángel mensajero cortó el flujo de información tranquilizadora, tal vez lo agredían la cercanía de las cámaras frigoríficas, las vitrinas a baja temperatura.

En el supermercado pasaban en continuidad el minué de Luigi Boccherini en versión de piano electrónico, con tal insistencia que cualquiera que cayera en la trampa de escucharlo terminaría en la demencia. Tuvo que ser la presencia celestial y no fue así, se trató de una voz interior de mi prima y que el ángel de la guarda utilizaba, con tono parecido a la voz del quesero. Tampoco quiso contradecir el antojo siendo la posibilidad de vivir un sueño de niña, actualizar lecturas de Cine Radio Actualidad y Radiolandia, primeros avisos de champú con limón pasados en la televisión blanco y negro. Sufrió un ataque de ganas de teñirse el cabello, lo que era insensato y llegaba no obstante con absoluta naturalidad: ella quiso ser rubia teñida en períodos esporádicos de la vida. Entre su indecisión y la vida andando escamotearon el tiempo necesario para cambiar el color del pelo, negándole la oportunidad de ser por unas semanas la ilusión de

Brigitte Bardot, faltó decisión y dinero para completar la simple operación de la apariencia. Luego se impuso el que dirán en la familia creyente y ella se resignó al terrible para qué. Anastassia Lizavetta se dijo antes con su propia voz: para decidirse a teñirse de rubia necesitaba otra vida, era una iniciativa que debería asumir otra mujer. Hoy era el caso y diseñado de manera ejemplar en lo que sería la última oportunidad.

Como una muchachita con proyectos alocados se paseó a su aire por el stand de cosméticos, eligió la coloración más parecida a sus deseos despertados hace un par de minutos y luego de años de letargo. Rechazó aquello que le vendría bien a ella -lo que en principio sería aconsejable-, optando por el color adecuando confirmando la certeza que desde hace horas, era una mujer diferente. Claro que sería la misma mujer con el mismo nombre, también otra en el escenario de las apariencias y la del cuerpo que hoy se escurriría por la ciudad. Tampoco era forzoso un platinado de cabaretera, acaso fuera bastante un rubio intenso impregnado de glamour misterioso y deseo pasional circunvalando el cuerpo. El suspenso de promesa inminente, consigna de encuentro clandestino terminando en perdición de la pareja, algo inesperado y radical que para la situación aconsejaría la frutera; ella a esas horas estaría desnuda, desabrochándose puntillas provocadoras y revolcándose con su querido. La más cara eso sí, hoy nada de tintas mediocres. Mecida por la música clásica mi prima estaba en mutación de mariposa tropical selvática asistida por voces celestiales confundidas por sus osadas iniciativas. Mal momento para andar macheteando, estaba harta de que el salario ganado

en OCA pasara al cuidado de la casa y la manutención de los caprichos del bastardo malcriado. De romperse el lomo en la oficina y en el hogar, harta de que cada vez que tenía que comprar calzones nuevos, porque los que tenía eran unos trapos, fuera una tragedia y hubiera que movilizar del presupuesto las escasas reservas, como si cuatro tangas equivalieran a mudarse de casa. Basta de concesiones, era suficiente con lo soportado de pelo castaño.

Lo absurdo era preguntarse por qué no lo había hecho el jueves pasado y hace tres años eso de comprar la tinta para el pelo, por qué debió cambiar el pasado de manera intransigente y el futuro todavía más para ponerle un color al pelo cuando en la realidad los procesos debieron ser a la inversa. Con el paquete de colorante entre las mismas manos Anastassia Lizavetta fue hasta la caja, pagó y salió como si nada. Hasta que estuvo afuera de Tienda Inglesa mi querida prima esperó que alguien le recordara que dejó el carrito de la compra olvidado en la entrada; sólo escuchó la voz suave y resignada del ángel de la guarda: "déjalo Anastassia Lizavetta, es innecesario en la vida que te aguarda y perdóname por haberte dejado tan sola en los últimos tiempos."

(continuará)